

artalka



Más allá de los beneficios inmediatos de la guerra como guerra, citados anteriormente, las guerras por delegación son el medio más efectivo que encuentra el Capital para seguir ejerciendo su dominación sobre el proletariado a escala planetaria. Estas permiten no solo el control efectivo sobre el territorio, ejecutado por gobiernos títeres comprados mediante la deuda generada por el conflicto bélico y la posterior reconstrucción industrial, sino que además consiguen abatir la resistencia interna que tiende a desarrollarse en contra de la ocupación extranjera

06

EDITORIAL
ARTEKA

Guerras por delegación

CONTENIDO

10

COYUNTURA POLÍTICA
Martin Goitiandia

**Nuevas generaciones
de guerra, pero el
capitalismo de siempre**



22

REPORTAJE
ARTEKA

**Nagorno Karabaj:
la descongelación
de una guerra**



46

REPORTAJE

ARTEKA

**Ucrania y Novorossia
cinco años después: el
derramamiento de sangre
entre las tres burguesías**



34

COLABORACIÓN

Jose Castillo

**Yemen: ecos de una
guerra no contada**

Guerras por delegación



Han pasado ocho décadas desde la última Guerra Mundial reconocida como tal, pero en el mundo no ha habido ni un solo minuto sin guerra desde entonces, por mucho que eufemismos maniqueos hayan caracterizado muchas de ellas como conflictos regionales, ajenos a la mundialización objetiva del Capital. Unas más silenciosas que otras, otras completamente silenciadas; la guerra sigue siendo un recurso impenable de la política capitalista —es esa misma política realizada por medio de la guerra—, que no está determinada por decisiones personales o de gobierno, sino que por la necesidad objetiva del Capital de superar sus propios límites.

La guerra sigue, pero cambian sus estrategias, y también su percepción. A día de hoy, en lugar del conflicto abierto y directo entre las grandes potencias imperialistas, parece más adecuada a los intereses capitalistas, por la evidencia de su actualidad, la guerra por delegación, el conflicto bélico entre

potencias imperialistas mediante representantes vernáculos, velado por falsas apariencias autóctonas que lo hacen culturalmente incomprensible a los ojos del observador occidental, que no duda en sentenciar que es producto de un mundo no civilizado y de una cultura no europea y atrasada.

De ese modo, las guerras por delegación han permitido fortalecer la ideología y cultura capitalista en el centro imperialista, pues esta última, en gran parte, se desarrolla como elemento diferenciador con respecto a una supuesta falta de civismo que representarían los países subdesarrollados, que se oponen a las directrices de la fracción dominante del Capital mundial. Esa dimensión de la guerra es muchas veces obviada, pero es crucial para comprender que una guerra en la periferia del centro imperialista es también una toma de posición del imperialismo y una guerra contra el proletariado mundial, que se desarrolla también en la dimensión cultural.

Unas más silenciosas que otras, otras completamente silenciadas; la guerra sigue siendo un recurso impenable de la política capitalista —es esa misma política realizada por medio de la guerra—, que no está determinada por decisiones personales o de gobierno, sino que por la necesidad objetiva del Capital de superar sus propios límites

Son muchas las razones que se alegan para justificar la no procedencia de un conflicto abierto entre las grandes potencias imperialistas. Entre ellas, la más sonada quizás sea la que hace referencia al poder destructivo alcanzado, que actúa como freno y coerción mutua ante una posible catástrofe humanitaria. Parece como si el Capital, lejos de ser una potencia que arrasa con todo, hubiera tomado conciencia de lo que él mismo no es, algo así como percepción de su humanidad en un sentido moral, sin sospechar siquiera estar negándose a sí mismo como fuerza ciega que no encuentra otro límite que los suyos propios. Nada más lejos de la realidad; antes destruye el Capital las condiciones de su existencia —la humanidad al completo—, que negarse a sí mismo como fuerza viva y poder social. Es más, si pudiéramos hablar de esa capacidad de contenerse a sí mismo, ya no estaríamos hablando del Capital.

Pero tampoco la posibilidad de destrucción masiva en lo concerniente a la riqueza material producida actúa coercitivamente sobre los capitalistas. Primero porque quien va a la guerra, lo hace para ganar. Segundo, porque lo productivo de la guerra, en su amplio sentido, es su capacidad destructiva. Tercero, porque el Capital invertido en la guerra aumenta la capacidad de subordinar a millones de proletarios en la producción de beneficios que, en nombre de la defensa nacional, justifican mayor intensidad y prolongación del trabajo, así como reducciones salariales. Y cuarto, porque eso último es lo que realmente concierne al Capital como Capital: subordinar al proletariado, ejercer poder, más que amasar material inerte, con fecha de caducidad.

Desde luego, no parece adecuado categorizar la guerra por delegación como la vía menos catastrófica, tanto en el sentido material como en el humano, para el Capital imperialista; como el único medio material y humanamente posible para que las grandes potencias puedan seguir disputándose el mundo. Acaso lo que es totalmente inhumano —por no decir racista, xenófobo y supremacista— es tal argumento, pues obvia que quienes sufren en los conflictos de guerra por delegación son humanos proletarios, y que sus vidas no valen menos que las nuestras. Tampoco ese coste humano puede ser determinado según las necesidades del Capital, pues este es ciego e incapaz de concebir la fuente de su existencia, cuando de lo que se trata no es de la renovación de sus manantiales, sino que de apoderarse del mayor beneficio posible —en detrimento de sus competidores y de la ganancia futura—, accesible mediante la guerra.

Las guerras por delegación han permitido fortalecer la ideología y cultura capitalista en el centro imperialista, pues esta última, en gran parte, se desarrolla como elemento diferenciador con respecto a una supuesta falta de civismo que representarían los países subdesarrollados, que se oponen a las directrices de la fracción dominante del Capital mundial

“

Nada indica que una Guerra Imperialista abierta y directa entre las potencias capitalistas sea una posibilidad nula, ni siquiera la última opción, pues el desarrollo de esta no está condicionado por una moral limitante que da prioridad al coste humano, ni por el miedo a la destrucción total, sino que por la propia existencia del Capital, que no es otra cosa que las necesidades de su acumulación y las cambiantes condiciones objetivas de su realización

Por lo tanto, nada indica que una Guerra Imperialista abierta y directa entre las potencias capitalistas sea una posibilidad nula, ni siquiera la última opción, pues el desarrollo de esta no está condicionado por una moral limitante que da prioridad al coste humano, ni por el miedo a la destrucción total, sino que por la propia existencia del Capital, que no es otra cosa que las necesidades de su acumulación y las cambiantes condiciones objetivas de su realización. Si es beneficiosa para el Capital, y urgente, esa guerra se realizará, por muchas que sean las posibles víctimas de la misma y el alcance de la destrucción.

Entre las cambiantes condiciones de realización del Capital, su ser concreto y su despliegue efectivo, se hallan no solo el estado actual de la división internacional del trabajo y las cadenas de valor en el mercado mundial, que determinan la viabilidad económica de diversas formas de conquistar y organizar un territorio, sino que también el desarrollo político alcanzado por la nación en disputa, que convierte en caducas y costosas ciertas formas de dominación política. Al menos mientras que esas naciones y sus condiciones no sean degradadas hasta tal punto que haga deseable y justificable una ocupación militar, en nombre de la civilización, como ha ocurrido muchas veces.

Las guerras por delegación no son, por tanto, un residuo de la guerra imperialista ya agotada por un supuesto desarrollo civilizatorio que la hace no deseable y no compatible a una moral superior alcanzada, sino que cumplen la función del imperialismo actualizada al desarrollo objetivo del sistema capitalista. Más allá de los beneficios inmediatos de la guerra como guerra, citados anteriormente, las guerras por delegación son el medio más efectivo que encuentra el Capital para seguir ejerciendo su dominación sobre el proletariado a escala planetaria. Estas permiten no solo el control efectivo sobre el territorio, ejecutado por gobiernos títeres comprados mediante la deuda generada por el conflicto bélico y la posterior reconstrucción industrial, sino que además consiguen abatir la resistencia interna que tiende a desarrollarse en contra de la ocupación extranjera. Esa resistencia ha posibilitado en conflictos previos la pérdida de mercado para las potencias imperialistas y en cierto sentido la constitución de un bloque de acumulación de capital dispuesto a disputar la hegemonía al bloque dirigente.

Ya no es rentable el control directo sobre un territorio, y es mucho más barato ejercerlo mediante gobiernos nacionales y la subordinación económica de los mismos. De esa manera no solo se extiende el Mercado Mundial, sino que además se generan condiciones favorables para la explotación aumentada del trabajo por medio de la salarización expansiva unida a la acumulación intensiva del Capital.

Las guerras por delegación significan la apertura de un nuevo paradigma de la dominación mundial y globalización del Capital que busca extender sus límites a territorios hasta ahora subordinados al proceso de producción de plusvalor en la metrópoli, pero no sujetos a una acumulación de capital independiente. Ya no hay territorio que se le resista al Capital. /

COYUNTURA POLÍTICA

Martin Goitiandia

Nuevas generaciones de guerra, pero el capitalismo de siempre

Desde los años 90 se han dado cambios de fondo del panorama geopolítico y ello siempre ha afectado a las modalidades bélicas. En este número de ARTEKA podemos encontrar claros ejemplos de la modalidad bélica más común de las últimas décadas: Armenia, Ucrania y Yemen. Como veremos a continuación, estas nuevas generaciones bélicas tienen algunas características concretas. Estas características están directamente relacionadas con las condiciones concretas actuales, pero también con el carácter histórico de la sociedad capitalista. Es decir, como en el caso de las generaciones bélicas anteriores de esta sociedad, la guerra tiene por un lado una necesidad ligada a las relaciones capitalistas y por otro lado una forma distinta según las condiciones concretas de cada momento. Al fin y al cabo el carácter de toda esta violencia está ligado a la sociedad capitalista, cualquiera que sea su forma exacta.

Muchos de los conflictos actuales, tales como los recogidos en este mismo número de *Arteka*, pueden ser confusos. En cada caso hay un montón de intereses y condiciones concretas, acompañadas de un sufrimiento terrible; un caos que no nos permite visualizar correctamente la raíz de los hechos. Por eso, para analizar el origen de algunas de las características de estos conflictos actuales analizaremos primero los antecedentes, después cómo es la situación actual y qué intereses tiene cada actor (análisis superficial, por supuesto) y finalmente comprobaremos si la raíz está en la forma concreta actual de la guerra o en su naturaleza.

DESARROLLO DE GUERRAS ENTRE BURGUESES

En la primera mitad del siglo XX, junto con el fin de la hegemonía británica, se intensificó la disputa bélica entre las grandes potencias imperialistas. Muy sencillamente explicado, los capitalistas, viendo las dificultades de enriquecimiento en las fronteras de sus países, impulsaron que sus Estados conquistaran mercados, recursos y territorios de otros países (incluidas las colonias). Esta no era en absoluto una práctica nueva, pero como bien señaló Rosa Luxemburgo, los territorios que se podían conquistar sin entrar en confrontación con otros competidores ya se habían acabado. Esto dio lugar a guerras y alianzas a gran escala, creando un paradigma concreto de modalidades y estrategias bélicas. A esta generación pertenecen las dos famosas guerras mundiales (1914 y 1939), pero también las dos Guerras de los Balcanes⁽¹⁾ (1912 a 1913), la Guerra de la Triple Alianza⁽²⁾ (1864), la Guerra del Pacífico (posteriormente situada dentro de la Segunda Guerra Mundial), la guerra franco-prusiana (1870), la guerra entre India y Pakistán (1947)...

En la posterior Guerra Fría la situación era totalmente diferente. Las dos (súper)potencias «vencedoras» de la Segunda Guerra Mundial trataron de extender su influencia lo máximo posible. En esta nueva guerra los bloques militares fueron la OTAN y el Pacto de Varsovia. Es decir, en lugar de las alianzas de las grandes guerras anteriores (los Aliados y el Eje en la Segunda Guerra Mundial) esta vez el conflicto era entre los dos actores gigantes y los demás países asumían el papel de satélites de estos. Lo que EEUU hizo con Europa es un claro ejemplo de esto. Los primeros antecedentes de la futura Unión Europea (CECA en 1951, en 1957 el Tratado de Roma y la Comunidad Económica Europea...) fueron impulsados desde el otro lado

del océano presionando mediante el Plan Marshall. De este modo, los países que habían sido el lugar de nacimiento de las dos guerras mundiales anteriores se vieron obligados a unirse. Así, además de crear un mercado dominado por los yanquis, se estabilizó un dique político y militar frente al nuevo rival, la Unión de Republicanas Socialistas Soviéticas (URSS). Negocio redondo donde los hubiera, ya que estos países europeos que, al fin y al cabo, necesitaban créditos, tuvieron poca determinación en todo esto.

La existencia de bloques gigantes convirtió la posibilidad de una guerra abierta en algo muy peligroso. La recién concluida Segunda Guerra Mundial demostró los estragos que podía causar un choque de potencias con fuerzas de producción muy desarrolladas: más de 60 millones de muertos, una producción agrícola reducida en un 50%, una industria totalmente extinguida (especialmente la francesa y la soviética), la destrucción de la infraestructura (más de 6000 puentes)... Esa opción se hizo aún más peligrosa con los últimos avances bélicos, entre ellos la bomba atómica. Teniendo en cuenta todos esos avances, si en el nuevo escenario bipolar entraban en colisión directa los dos principales rivales, las posibilidades de controlar las pérdidas eran muy reducidas. Durante décadas tanto la Casa Blanca como el Kremlin fueron conscientes de este peligro, como se aprecia en muchos elementos: la crisis de los misiles de Cuba (1962), la existencia del teléfono rojo⁽³⁾, los acuerdos SALT⁽⁴⁾ (1972), el acuerdo INF (1987, también acerca de armas nucleares)... Como consecuencia de esta situación surgió la Guerra Fría; como su nombre indica, una guerra por choque indirecto para evitar los daños de un choque directo. El equilibrio era frágil y las dos potencias buscaban en todo momento una posición militar mejor para una hipotética confrontación, pero

en principio se enfrentaban mediante guerras ajenas.

Por parte de EEUU la doctrina Truman⁽⁵⁾ fue la expresión más explícita de esta idea. En último término, consistía en reducir la influencia enemiga y aumentar la propia en los países que se encontraban entre el bloque Occidental y el Oriental. Esto no era nada nuevo, ya lo había hecho el propio EEUU en numerosas ocasiones en diferentes países; una lista del Departamento de Estado de 1962 recoge 103 «intervenciones» de EEUU entre 1798 y 1895 en «asuntos de otros países»: Argentina (1852), Nicaragua (1853), Japón (1854), Uruguay (1855), China (1859), Angola (1860), Hawaii (1893), de nuevo Nicaragua (1894)... La aportación de la administración Truman fue integrar este tipo de técnicas en una gran estrategia⁽⁶⁾ y hacerlo a través de las facciones del país en el que se interviene. Aunque esta guerra por delegación⁽⁷⁾ tampoco era una técnica nueva, en el nuevo panorama bipolar se convirtió en un instrumento central para evitar una escalada bélica global. Las guerras de Grecia (1946) y Corea (1950) son claros ejemplos de este nuevo equilibrio. De hecho, si uno de los dos bloques hubiera aterrizado directamente sus tropas a gran escala en estos países, la otra parte habría tenido que hacer lo mismo y habrían vuelto a la misma situación que en 1914 o 1939, pero con riesgos aún mayores.

Este paradigma de las guerras indirectas o por delegación encontró un escenario magnífico en el nuevo proceso de descolonización. Con la independencia de la India en 1947 comenzó en muchas colonias de Asia y África el proceso de ruptura con su metrópoli. El control de los recursos de esos países, la conquista de los mercados, la situación inestable y la pobreza sistemática seguían ahí, claro. Pero el control *in situ* provocado con una administración externa gestionada desde el extranjero era un modelo incompatible con la nueva

movilidad del capital. La mayoría de las colonias vivieron, pues, en pocos años, la construcción de un Estado propio. De ahí que en unas pocas décadas surgieran un montón de nuevos países periféricos que se unieron al grupo de otros muchos países vulnerables que se encontraban entre los dos polos de la Guerra Fría (de ahí el término «tercer mundo»). En estas circunstancias, las guerras por delegación libradas en estos frágiles países de la periferia mundial se convirtieron en la máxima expresión de la Guerra Fría. El caso de China, por ejemplo, es muy claro y prematuro; aúna elementos de la liberación nacional sin ser exactamente un proceso de descolonización (alianza entre el Partido Comunista de China y Kuomintang contra Japón), pero también la ruptura de la unidad interclasista (revolución de 1949). Al mismo tiempo, también hubo intentos de contrarrestar la influencia de los dos grandes bloques, como las conferencias de Bandung y Belgrado⁽⁸⁾. Sin embargo, fueron intentos nulos, porque para entonces la guerra por delegación se había convertido en el medio más adecuado para las dos superpotencias para enfrentarse al adversario, junto con la confrontación constante: la carrera espacial, la competencia de armamento... hasta que una de las dos grandes potencias obtuviera la ventaja suficiente, estas guerras indirectas eran el medio más adecuado para extender su influencia.

Las variaciones de generaciones de guerra de delegaciones habidas hasta la década de los 90 son demasiadas para ser aquí expuestas. Podemos tomar como ejemplos referenciales Vietnam y Afganistán. En la primera se puede diferenciar claramente la intervención indirecta de EEUU (antes de 1964 y después de 1973) de la directa (entre esos dos años). Concretamente, la guerra de Vietnam mostró las limitaciones del modelo de invasión militar plantea-

Teniendo en cuenta todos esos avances, si en el nuevo escenario bipolar entraban en colisión directa los dos principales rivales, las posibilidades de controlar las pérdidas eran muy reducidas. Durante décadas tanto la Casa Blanca como el Kremlin fueron conscientes de este peligro, como se aprecia en muchos elementos: la crisis de los misiles de Cuba (1962), la existencia del teléfono rojo, los acuerdos SALT (1972), el acuerdo INF (1987)...

do en términos previos a la Segunda Guerra Mundial⁽⁹⁾. El caso de Afganistán y las características de las guerras por delegación ahí realizadas son hoy más conocidas. Ante la ocupación soviética (1978) Estados Unidos financió y entrenó a las facciones reaccionarias locales, entre ellas los talibanes. Con el tiempo, los talibanes se hicieron fuertes hasta amenazar los intereses de Estados Unidos⁽¹⁰⁾, que invadieron Afganistán (2001) y ahora han retirado sus tropas. Aunque esos dos ejemplos son muy conocidos, podemos encontrar muchos ejemplos con las mismas características y peculiaridades propias: Irán, Cuba, Argelia, Angola, Camboya, Somalia, Siria, Egipto...

De todas formas, este cambio hacia la confrontación también se notó en conflictos que quizá no pueden enmarcarse dentro de la categoría de guerra por delegación. En Sudamérica, por ejemplo, se dio un desarrollo particular de la doctrina Truman, con la operación Cóndor del secretario de Estado Kissinger⁽¹¹⁾. Aunque estas no fueran guerras, hacían patente el protagonismo de la intervención indirecta. También tenemos movimientos de menor importancia en otros lugares, como la operación Gladio en Italia⁽¹²⁾. Las maniobras realizadas en la Unión Soviética muestran también estas características, tanto en Hungría y Polonia en 1956 como en Checoslovaquia en 1968. Todos demuestran que esfuerzos de inteligencia como la Kominform o la CIA cobraron más peso, dejando las guerras abiertas directas en un plano más hipotético.

SIGLO XXI: NUEVO ESCENARIO MULTIPOLAR

En la escena posterior a la Guerra Fría, este estilo «indirecto» de confrontación, lejos de perder peso, lo adquirió. Es a partir de la caída de la URSS (1992) cuando se produce, más que en décadas anteriores, el paso de un conflicto bipolar a uno multipolar. Como la historia del capitalismo

mostró en el caso de Inglaterra, una hegemonía absoluta y duradera no es posible, y EEUU no fue una excepción. En este sentido, a pesar de la caída de la URSS, el principal enemigo durante años, los países asiáticos inmersos en una rápida acumulación de capital desde los años 70 crearon nuevos polos de poder. Aunque las oligarquías occidentales pudieron gozar de su triunfo saqueando los territorios hasta entonces soviéticos, su dominio técnico (composición orgánica más alta del capital), que les garantizaba una acumulación de riqueza superior a la de la periferia, estaba en entredicho desde hacía tiempo (por ejemplo, los tigres o dragones asiáticos). Incluso la joven Federación Rusa demostró una capacidad tremenda para volver a levantar cabeza. De este modo, del modelo de países que alcanzaron su crecimiento obedeciendo a los intereses de la democracia yanqui (Japón, Corea del Sur...) nació el modelo de aquellos que querían ser independientes para apoyar y diversificar su crecimiento (China, el ejemplo más claro). En el nuevo siglo XXI se asentaron las burguesías que tenían sus propios intereses en directa colisión con los intereses de los vencedores de la Guerra Fría. Estos nuevos polos son competidores que ahora, veinte años después, más allá de presentar quejas formales en las instituciones de cooperación occidental (ONU, FMI, OMC...), llegan a cuestionar la propia hegemonía militar. Sin embargo, las normas ya no son las que existían antes de la Guerra Fría, por lo que todos actúan en el marco de opciones como la guerra por delegación.

Antes de analizar a grandes rasgos esa confrontación militar, podemos comprobar que esta situación multipolar también se deja ver en otros aspectos. Seguir la pista de la raíz de todo un panorama geopolítico es imposible, está claro, pero la discrepancia que hemos visto en los últimos años ha dejado terribles huellas. Por

ejemplo, las relaciones comerciales han sido el clásico preludio de los acontecimientos bélicos. Como se explica muy claramente en esta revista⁽¹³⁾ la ruptura del consenso de posguerra de Bretton Woods y de la Organización Mundial del Comercio es una realidad. En la misma Guerra Fría Estados Unidos dominaba los territorios de Occidente, lo que les permitía establecer reglas que deberían ser aceptadas por todos los demás: las negociaciones del GATT, el patrón dólar mundial (o los DEG⁽¹⁴⁾), el Banco Mundial y el consenso de Washington... Pero ahora los enemigos están en el mismo mercado mundial, a diferencia de la URSS, y para mantener su crecimiento deben romper las reglas de juego de hasta ahora.

Aunque parezca una paradoja, uno de los ejemplos más claros que ha roto el consenso de EEUU de la posguerra es el propio EEUU. El conflicto comercial iniciado en 2018 con China y sobre todo su seguimiento demuestra la falta de una hegemonía clara. Que ese mismo año el déficit comercial de Estados Unidos con el gigante oriental ascendiera a 419 mil millones de dólares demuestra bien que eran plenamente conscientes de su debilidad al comenzar este conflicto. Y es que, como muchos han señalado, la vuelta del proteccionismo ha sido la política seguida por los demócratas y no una locura de Trump y sus seguidores. Y no solo eso: los aranceles de Canadá por valor de 12.600 millones de dólares, la suspensión del TTIP, el 25% de aranceles de México a productos estadounidenses (acero, cerdo, patata...), los conflictos de la UE con EEUU (aerolíneas) o Rusia (gas)... Más allá de casos tan célebres como Huawei, el incremento de las tensiones es algo sistemático y global.

El politólogo estadounidense Graham Allison (2012), con el término «la trampa de Tucídides», hizo referencia a la tendencia a la guerra que surge al entrar en colisión una nueva potencia en aumento con la ya

vigente, hablaba especialmente del caso de China y EEUU. Sólo a través de estos cambios dados en la correlación de fuerzas puede entenderse que Xi Jinping⁽¹⁵⁾, jefe de un Estado que no ha dudado en establecer un férreo control del mercado, se dedique a hacer las mayores apologías de la globalización en el Foro de Davos⁽¹⁶⁾. El proteccionismo, como dijo el pensador Friedrich List, es el instrumento del débil para protegerse de los más fuertes y el librecambio es impulsado por el que es fuerte para asegurar su dominio (acceso a los otros mercados, consumo de sus mercancías por los demás...). Por ejemplo, un paladín de mercados abiertos como Inglaterra, protegiendo a sus compañías de navegación de la competencia exterior con la *Navigation Acts*, consiguió hacerse dueño y señor de los mares en el siglo siguiente.

El choque de intereses económicos es lo que provoca el conflicto militar que veremos a continuación y viceversa. Las políticas proteccionistas son un signo de que los actores ven peligrar su soberanía; es decir, del miedo que les produce que los demás tengan capacidad económica para condicionar sus decisiones. Ejemplos claros de esto son los sectores en los que no es posible tener el control de cadenas de valor completas. La capacidad de controlar tecnologías punteras como el 5G/6G o la inteligencia artificial sin depender de los demás se ha vuelto vital y el ejemplo más claro es el de los microchips. Washington ha destinado miles de millones de dólares para construir, con el beneplácito de ambos partidos, diez fábricas de producción de semiconductores en territorio nacional. De hecho, en 2020 el 35% del mercado global de compra de chips estaba concentrado en China. Sin embargo, Pekín tiene el mismo problema, ya que sólo tiene un 8% de la producción, mientras que Estados Unidos tiene un 42% y Corea del Sur y Taiwán un 20% cada uno. Es más, China otorga a sus proveedores una

puntuación de riesgo en función de su capacidad de ejercer presión sobre estos sectores (EEUU el más peligroso, junto a Japón). Por ello, se han buscado vías para asegurar algo tan fundamental (imagina nuestra dependencia a los circuitos eléctricos) o, al menos, conseguir una mayor capacidad de presión que los enemigos. Aunque hay muchos ejemplos, el de las tierras raras es bastante famoso, ya que estos materiales también son necesarios para las mismas producciones tecnológicas. China ha buscado desde el principio el control de las mismas, hasta controlar el 80% de la producción. En medio de la guerra comercial, compró a Estados Unidos una serie de minas para extraerlas, que luego ha podido utilizar como amenaza (por ejemplo, contra Japón, en relación con el conflicto de las Islas Senkaku). En Afganistán, por ejemplo, muchos de los intereses del gobierno chino están relacionados con tierras raras. Este es un juego interminable, ya que muchos países han buscado reservas de tierras raras alternativas a las que China no controla en Australia, Canadá, Myanmar...

EL TUCÍDIDES ARMADO: LA ZONA GRIS Y LAS GUERRAS POR DELEGACIÓN

Todo este desarrollo expuesto nos lleva al paradigma militar actual, o al menos a las características que estamos destacando en esta *Arteka*. En ese recorrido expuesto en el artículo ganaron importancia los servicios de inteligencia y las capacidades de análisis, y para la fecha de la caída de la URSS, otras modalidades que no eran la guerra abierta tenían una elaboración teórica enorme: las guerras de guerrillas, el espionaje, la contrainsurgencia, el sabotaje, la propaganda y la post-verdad, el aprovechamiento de las políticas internas de los demás... Estos no eran elementos nuevos en las estrategias bélicas, ya que fueron utilizados por ejemplo en

la misma Segunda Guerra Mundial (véase el papel de la Resistencia en Francia), pero siempre fueron complementarios a una guerra abierta clásica y no la vía principal.

Para la década de los 90, la impotencia de la confrontación clásica era una realidad, por lo que se abrió una amplia escala de grises entre el blanco de un estado de paz y el negro de la guerra total, con una gran variedad de tipos de ataques. A pesar de la desaparición de la URSS y el fin de la Guerra Fría, EEUU tenía un aparato demasiado desarrollado con instrumentos de esta escala gris, y además no podían mantener su hegemonía por victorias de guerras



Para la década de los 90, la impotencia de la confrontación clásica era una realidad, por lo que se abrió una amplia escala de grises entre el blanco de un estado de paz y el negro de la guerra total, con una gran variedad de tipos de ataques

abiertas. Eso lo demostró Vietnam, y lo han confirmado más tarde Afganistán, Irak... Por todo ello, estos elementos derivados de la guerra por delegación, lejos de desaparecer, ganaron aún más peso y eso quedó reflejado en la propia teoría militar. Es precisamente en esa década de los 90 cuando surge el concepto de «zona gris» y todo su marco. En este sentido se destacó una decadencia de las guerras clásicas entre Estados en una extensa literatura; Van Creveld (1991) primero y Mary Kaldor (1999) después son ejemplos nítidos y bastante célebres de ello. La zona gris reúne los diferentes grados de acción para debilitar al enemigo en los casos en los que una confrontación directa no ofrece victoria segura: desde la mera propaganda hasta el uso de las milicias para una guerra civil (cuyo papel subraya, por ejemplo, Kaldor). Sin embargo, la conceptualización no es uniforme, ya que, por ejemplo, el concepto de guerras híbridas es muy utilizado, y aunque no sea exactamente el mismo, están muy relacionados. En cualquier caso, esta producción teórica refleja la consolidación del cambio en el paradigma de las guerras.

¿Cómo se enmarca esta modalidad bélica en el panorama multipolar actual? Como se ha destacado al analizar las relaciones comerciales, las potencias que aspiran a convertirse en el nuevo sheriff mundial en este siglo se encuentran desde hace tiempo en una asfixiante guerra «económica» aun sin mostrar armas. Sin embargo, los triunfos bélicos absolutos al estilo de la vieja Europa son hoy impensables, pues cada una de las partes teme la potencia de la otra. La consecuencia de este duelo mexicano es que la tendencia a la guerra indirecta en la Guerra Fría ha tenido continuidad. En este sentido, el objetivo es debilitar al enemigo y establecer una nueva correlación de fuerzas hasta que alguno obtenga la ventaja suficiente. La zona gris es un

conjunto de mecanismos diferentes dentro de esta tensión sin guerras abiertas. En efecto, estas grandes potencias no quieren comprometer sus infraestructuras, su población (o al menos parte de ella) y su riqueza, pero no dudan a la hora de sacrificar otros países.

Estas condiciones de confrontación han creado una especie de «paz violenta». Los conflictos actuales se han situado entre el tipo especial de guerra que es la guerra híbrida⁽¹⁷⁾ y el tipo de paz que es la zona gris. En un extremo las situaciones al límite de una guerra u ocupación militar clásica, realizadas normalmente al amparo de una facción situada en el propio territorio. Afganistán, Siria, Irak, Libia, etc. son buenos ejemplos en este caso. La idea suele ser intentar cambiar el gobierno vigente a través de determinadas facciones para aumentar su influencia en él. Sólo en el contexto de esta estrategia militar se pueden entender muchas maniobras. En Afganistán, por ejemplo, los grupos talibanes pasaron de la noche a la mañana de ser combatientes por la libertad a unos fundamentalistas locos cuando dejaron de alimentar los intereses de EEUU. Asimismo, quienes atentaron en medio de París eran simples «grupos opositores» en Siria, y fueron financiados por la propia Francia. Hollande reconoció públicamente que en 2012 y 2013 enviaron dinero y armas junto a Estados Unidos, por ejemplo, aunque ya en 2012 el director de la NSA estadounidense reconoció públicamente que estos grupos se vinculaban a Al Qaeda. En el otro extremo encontramos también en el día a día las acciones más débiles que entran en la zona gris: propaganda, uso de redes sociales, uso de *bots*, ataques informáticos... Pero, siempre, se mezclan diferentes mecanismos de ambos extremos en experiencias concretas, como las invasiones miliares yanquis de Irak o Afganistán. Las revoluciones de colores, y en particular la llama-

da Primavera Árabe, son excelentes ejemplos para ver combinaciones de elementos desde la mera propaganda hasta la intervención directa. La citada operación Cóndor constituye el antecedente directo de esa operación, aunque con claras diferencias.

LA GUERRA CAPITALISTA, UNA GUERRA INEVITABLE

La guerra tiene hoy en día estas características concretas porque su trayectoria hasta ahora y las condiciones actuales la impulsan. Siendo la violencia de la clase capitalista en defensa de sus intereses la más brutal, el acto más inhumano y cruel, siempre se ha soñado con gestionar sin necesidad de ello los choques que tiene la sociedad capitalista. El problema es, precisamente, que para el capitalismo la forma de la guerra es efímera pero la guerra misma es perpetua. En esta sociedad dividida en clases es la acumulación de plusvalía o de riqueza la que guía a la burguesía. Los intereses que suscitan los conflictos antes mencionados tienen por tanto esta acumulación como único motor. Las grandes estrategias unen los intereses particulares de los distintos capitalistas de cada país bajo la bandera nacional; el Estado debe elegir las prioridades de la maquinaria asesina financiada con dinero de toda la burguesía al fijar estas estrategias. Es eso, y solo eso, lo que representan las grandes estrategias de los grandes bloques geopolíticos.

Para China, por ejemplo, lo importante es garantizar su dominio industrial y su desarrollo tecnológico exógeno. Para ello debe garantizar el suministro de materias primas, componentes y fuentes de energía. Siendo eso imposible, pretende controlar sus rutas comerciales de transporte, especialmente a nivel regional (a través del llamado collar de perlas en el Pacífico y en el Océano Índico), pero también a nivel internacional (con influencia en Asia Central, controlando la infraestructura africana...).

Esto le exige una creciente influencia sobre los países: la propiedad de los puertos (en España mismo), la cooperación sistemática (Sudamérica), sus propios deudores (África)... El nuevo camino de la seda es el ejemplo más claro de esta ambición. Esto necesariamente crea un conflicto con los Estados Unidos, quiebra su anteriormente establecida red mundial. Japón, Taiwán, Corea del Sur... son influencias estadounidenses que obstaculizan la influencia china.

Estados Unidos, a su vez, ha expresado su intención de recuperar el papel desempeñado en el siglo XX, a pesar de su mayor desorientación en política interna respecto al proyecto estratégico. Conscientes de su decadencia, algunos expertos aseguran que tendrá que utilizar los restos de la antigua hegemonía para definir una nueva posición de poder y controlar el crecimiento de China: el poder militar que se tambalea, la independencia energética que Pekín quiere copiar, la ventaja tecnológicamente cuestionable que lleva en la digitalización, la reserva de oro y el privilegio del dólar que se tambalea con las nuevas divisas... Como parte de una posición de hegemonía, Estados Unidos también colisiona con el resto de polos. Rusia es un actor muy rezagado en todo esto, y sin embargo sus aspiraciones regionales de mantener un marco histórico de influencia en el territorio vecino le han puesto en colisión con EEUU y sus representantes en Europa (UE). Ejemplo de los dos extremos de la zona gris son las relaciones de presión de Rusia con Chequia para estas ambiciones y su situación casi bélica con Ucrania. Como decimos, siendo EEUU un rey a punto de caer del trono tiene una predisposición mayor para entrar en conflicto, ya que la propia Rusia mantiene una relación de alianza puntual con China. Esta última tiene parte de las vías de transporte de su energía en manos de Rusia (Suez, Kazajistán y Ártico) y Rusia necesita la ayuda

En cualquier caso, estas grandes estrategias expresan la condición capitalista a nivel internacional, una tendencia inevitable al conflicto. Es imposible que todos los países cumplan sus objetivos, pues la victoria de uno supone la derrota de otros. No todos pueden cumplir el sueño húmedo de la acumulación infinita de plusvalía. Por eso, en la sociedad capitalista, es esencial la guerra, y por eso parece ser una ley inamovible semejante a los fenómenos naturales

china para frenar la influencia de Estados Unidos en Asia (OCS⁽¹⁸⁾). Sin embargo, esta alianza tiene sus días contados, porque a nivel regional sus intereses chocan a largo plazo, y Rusia tiene todas las de perder. China quiere evitar, sin embargo, que Moscú se acerque a Estados Unidos.

Esta zarzal superficialmente expuesto se embrolla aún más si añadimos los riesgos emergentes: el crecimiento de la India y la posibilidad de superar a China o el posicionamiento de la Unión Europea y los conflictos internos, por ejemplo. Las estrategias de los países más pequeños suele ser normalmente contrarrestar la influencia de los más grandes (como el plan de influencia de Irán a nivel regional o el objetivo de Siria de mantener el dominio de su territorio), ya que no tienen perspectivas ni recursos para una planificación expansiva. En cualquier caso, estas grandes estrategias expresan la condición capitalista a nivel internacional, una tendencia inevitable al conflicto. Es imposible que todos los países cumplan sus objetivos, pues la victoria de uno supone la derrota de otros. No todos pueden cumplir el sueño húmedo de la acumulación



Aunque los conflictos actuales se mueven dentro de las categorías de zonas grises, guerras híbridas o *proxy war*, esto es simplemente la forma concreta de la violencia que provoca la clase social opresora. Al igual que hace unos años la guerra tenía otras características, dentro de unos años tendrá unas diferentes. Lo único que tienen en común todas las guerras es su origen: en efecto, la sociedad de clases

Así, aunque en la apariencia la política (el diálogo) se nos presenta como antagónica de la guerra (de la violencia), en la realidad es su continuación lógica. Si ninguna de las dos partes consigue por pura presión que la otra parte renuncie a sus pretensiones, tendrá que recurrir a la violencia a una escala cada vez mayor

Aunque la teoría militar contemporánea se enorgullece de haber identificado situaciones entre la paz y la guerra, la noción de que estas dos son expresiones de la misma dominación es una noción mucho más antigua que el concepto de zona gris

infinita de plusvalía. Por eso, en la sociedad capitalista, es esencial la guerra, y por eso parece ser una ley inamovible semejante a los fenómenos naturales. Sus características en un momento dado, como las actuales, son productos variables de condiciones históricas concretas.

Aunque los conflictos actuales se mueven dentro de las categorías de zonas grises, guerras híbridas o *proxy war*, esto es simplemente la forma concreta de la violencia que provoca la clase social opresora. Al igual que hace unos años la guerra tenía otras características, dentro de unos años tendrá unas diferentes. Lo único que tienen en común todas las guerras es su origen: en efecto, la sociedad de clases.

La guerra es fundamentalmente una forma de resolución de conflictos entre o dentro de las clases. En este sentido, la guerra y la política (diplomacia, elecciones...) tienen el mismo fundamento; es decir, que un grupo

social ejerza sus intereses en detrimento de los del otro. El ejemplo más clásico podría ser el de que la burguesía de un país sobrepuja a la de otro país por tener una posición más fuerte en la correlación de fuerzas. Así, aunque en la apariencia la política (el diálogo) se nos presenta como antagónica de la guerra (de la violencia), en la realidad es su continuación lógica. Si ninguna de las dos partes consigue por pura presión que la otra parte renuncie a sus pretensiones, tendrá que recurrir a la violencia a una escala cada vez mayor. Esto es algo que se percibe también sin marxismo, aunque solo sea utilizando la Teoría de Juegos⁽¹⁹⁾. Lo que hicieron Marx y los epígonos fue vincular la inevitabilidad de este carácter de la guerra a la sociedad capitalista. Es decir, el capital hace irrenunciables los intereses opuestos (por ejemplo, el que quiere vender caro su petróleo y comprar barato el mismo petróleo), y cuando los intereses irrenuncia-

bles están en conflicto el conflicto llega a su punto álgido: la política se convierte en guerra. Aunque la teoría militar contemporánea se enorgullece de haber identificado situaciones entre la paz y la guerra, la noción de que estas dos son expresiones de la misma dominación es una noción mucho más antigua que el concepto de zona gris.

Todo lo expuesto es fácilmente perceptible cuando leemos a Lenin estudiando las guerras de su tiempo: «*La guerra es la prolongación de la política por otros medios*» (a saber: por la violencia). Esta famosa sentencia pertenece a Clausewitz, uno de los más profundos escritores sobre temas militares. Los marxistas siempre han considerado esta tesis, con toda razón, como la base teórica de las ideas sobre la significación de cada guerra en particular. Justamente desde este punto de vista examinaron siempre Marx y Engels las diferentes guerras. Aplíquese esta tesis a la guerra actual —Primera Guerra Mundial—. Se verá que durante decenios, casi desde hace medio siglo, los gobiernos y las clases dominantes de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Austria y Rusia practicaron una política de saqueo de las colonias, de opresión de otras naciones y de aplastamiento del movimiento obrero. Y esta política precisamente, y solo esta, es la que se prolonga en la guerra actual. En especial, tanto en Austria como en Rusia, la política de tiempos de paz, al igual que la de tiempos de guerra, ha consistido en esclavizar a las naciones y no en liberarlas»⁽²⁰⁾. Dentro de esta necesidad la guerra toma formas muy diferentes según las condiciones existentes. Sin embargo, cualquiera que sea la forma que adopte, la guerra nace indudablemente en las entrañas de la clase capitalista. En consecuencia, despojando a la burguesía de su poder, mataremos también a la bestia cruel que es la guerra; eso es precisamente lo que han repetido incansablemente los militantes comunistas en todas las generaciones de guerra. /

NOTAS

1. Fue antecedente directo de la Primera Guerra Mundial. En la primera guerra se produjo un conflicto entre la Liga Balcánica (Bulgaria, Montenegro, Grecia y Serbia) y el Imperio otomano, con la participación del Imperio austrohúngaro y del Imperio ruso. En la segunda Bulgaria arremetió contra sus ex aliados, de nuevo con la presencia de las dos grandes potencias de la zona.

2. Esta es una guerra generada por las intervenciones de las potencias vecinas a propósito de los conflictos de la política interna uruguaya. Brasil, Uruguay (el partido de los colores) y Argentina contra Paraguay (en defensa del partido de los blancos). Pese a ser una guerra entre ex colonias de la periferia y a la gigantesca influencia de Gran Bretaña, comparte muchas características con guerras del centro imperialista.

3. Fue el hilo comunicativo que unía directamente Washington y Moscú, precisamente el instrumento para evitar conflictos directos.

4. Este acuerdo fue firmado entre Estados Unidos y la URSS para reducir el uso de armas nucleares, en concreto para eliminar los sistemas de misiles antibalísticos con carga nuclear de varios lugares. Posteriormente se amplió aún más mediante el acuerdo SALT 2.

5. Con este nombre se conoce el conjunto de políticas iniciadas hacia 1947 por la administración vigente con el presidente Harry S. Truman. Fue en el propio Congreso donde el presidente expuso los ejes de esta nueva forma de hacer política, diciendo que se trataba de «ayudar a los pueblos libres». Esta teoría tuvo una variante concreta para frenar la «influencia del comunismo» (de la URSS) durante la Guerra Fría, conocida como Teoría Dominó.

6. El concepto de Gran Estrategia es utilizado en la teoría militar. A pesar de ser hoy bastante ambiguo, en general se referiría a la canalización de todos los recursos y medios de un país hacia el logro de un objetivo principal. Es decir, realizar cada acción con un objetivo principal.

7. Estas guerras subsidiarias o *proxy wars* hacen referencia a la guerra por delegación; en lugar de realizar una intervención militar en el propio país financiando, armando o asesorando a una facción afín local.

8. El primero lo hicieron los países descolonizados para expresar su oposición al colonialismo y a las injerencias en sus asuntos internos. El segundo fue la conferencia de países que querían ser «neutrales» durante la Guerra Fría, muchos de ellos del tercer mundo.

9. Sin embargo, es una reflexión especialmente compleja y profunda la que está detrás de la guerra de Vietnam. La «derrota» de la potencia más poderosa del mundo frente al Viet Cong es un fenómeno con muchos flecos.

10. La intervención en Afganistán es un excelente ejemplo para relacionar el desarrollo del salafismo con el desarrollo de las guerras por delegación. De hecho, las facciones reaccionarias y fundamentalistas del islam han sido muy frecuentes en las guerras por delegación en Oriente Próximo: Irak, Siria, Yemen...

11. Plan de los servicios de inteligencia de EEUU que hace referencia a un conjunto de golpes de Estado en Sudamérica. Muy relacionado con la escuela americana.

12. Fue un plan de la OTAN para preparar recursos de resistencia ante una hipotética invasión de Europa por parte del pacto de Varsovia. Aunque se operó en Suiza y Bruselas, el trabajo se llevó a cabo especialmente en Italia, formando una red en la que se involucraron muchos agentes que fueron fascistas, entre otros.

13. Ver «China vs EEUU: ¿viene el cambio?» de Eneko Carrión en la revista ARTEKA de agosto de 2020.

14. Derecho Especial de Giro, una representación de los derechos de divisa utilizados por el FMI.

15. Presidente de la República Popular China desde 2013.

16. Foro Económico Mundial. Una organización que reúne a los gobiernos, asociaciones y personas más poderosas del mundo para acordar cómo afrontar los grandes retos.

17. Es una guerra en la que los medios no convencionales se utilizan junto con la clásica fuerza militar: terrorismo, tecnologías...

18. La Organización de Cooperación de Shanghái, una herramienta que utilizan, entre otros, Rusia y China para este fin.

19. La Teoría de Juegos se utiliza para construir modelos de representación de comportamientos racionales.

20. V. I. Lenin «*El socialismo y la guerra*» (1915). Este es un texto muy breve y superficial para analizar el contexto de la época. Sin embargo, la cita realizada hace referencia a una reflexión más general sobre la guerra.

REPORTAJE

NAGORNO KARABAJ: LA DESCONGELACIÓN DE UNA GUERRA





Nagorno Karabaj (Alto Karabaj, de etimología rusa), más conocido en Armenia como *Artsaj*, es una región situada en Transcaucasia. Se encuentra al sur de Rusia y Georgia, al este de Turquía y comparte frontera con el norte de Irán. Políticamente, el control sobre este territorio se encuentra en disputa entre Armenia y Azerbaiyán. Las mayores potencias internacionales reconocen la soberanía legítima al Estado de Azerbaiyán. Sin embargo, a causa de diversos procesos político-militares, el control efectivo sobre una parte del territorio está en manos de la República Armenia de Artsaj, cuyo reconocimiento internacional es bajo. Tras unos intentos de negociación prolongados a más de 30 años, las tensiones latentes entre Armenia y Azerbaiyán estallaron al son del estruendo de los cañones el pasado septiembre de 2020.

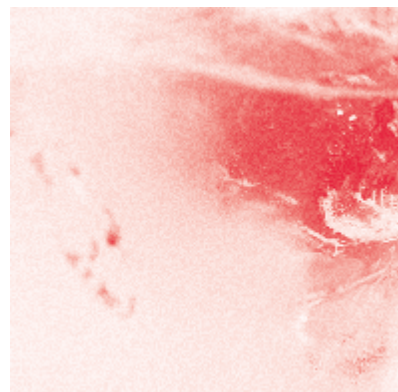
Este reportaje tratará de analizar algunas claves sobre la última confrontación armada, entre otros, su origen, los intereses de las mayores potencias imperialistas y las pistas que ofrecen las características técnicas de la competencia armamentística aplicada sobre la futura doctrina militar.

ANTECEDENTES: LA CUESTIÓN NACIONAL EN LA URSS

El Alto Karabaj fue una óblast (región) autónoma en la Unión Soviética, dentro de la República Socialista Soviética de Azerbaiyán. No obstante, históricamente su población ha tenido orígenes armenios. Los bolcheviques crearon un órgano político diferenciado para la gestión de las cuestiones del Cáucaso en el proceso de la articulación territorial de la URSS. Al principio, se decidió unir el Alto Karabaj con Armenia, basándose en el reconocimiento de la nacionalidad armenia y el internacionalismo proletario. Bakú (Azerbaiyán), sin embargo, no vio la decisión con buenos ojos, e impuso su voluntad política nacionalista en la política territorial soviética, ejerciendo presión sobre Moscú. El Kremlin temía que la ejecución del derecho a la autodeterminación de los armenios del Alto Karabaj quebrase la amistad entre el PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) y el Partido

Comunista de Azerbaiyán. Esto podría propiciar una coyuntura inmejorable para la intervención de las potencias imperialistas y Turquía en Azerbaiyán, sobre todo teniendo en cuenta la estrecha relación cultural entre Turquía y Azerbaiyán. Además, Azerbaiyán es rica en combustibles fósiles, a lo que se le añade su ubicación geoestratégica y logística, lo cual deja entrever la relevancia de la República de Azerbaiyán en el seno de la Unión Soviética. Por lo tanto, en 1923, el Alto Karabaj fue introducido dentro de la República Socialista Soviética de Azerbaiyán con un estatus administrativo especial.

El Kremlin temía que la ejecución del derecho a la autodeterminación de los armenios del Alto Karabaj quebrase la amistad entre el PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) y el Partido Comunista de Azerbaiyán



Al fin y al cabo, las relaciones de poder entre las potencias burguesas están ligadas a unas leyes dinámicas; al contrario, las bases y los acuerdos de los denominados «procesos de paz» son estáticos, ya que corresponden a condiciones y momentos concretos de los conflictos

En la década de los 80, junto con la reforma política liberalizadora *Glasnost*, las tensiones ocultas afloraron en el sur-este del Cáucaso ⁽¹⁾. A medida que la Unión Soviética se fracturaba políticamente, entre la población armenia del Alto Karabaj se difundió la petición de unir la región con la República Socialista de Armenia, produciendo el enfado de los nacionalistas azeríes. En Moscú, Gorbachov y los suyos accedieron al chantaje histórico de los azeríes, sin prestar demasiada atención a los armenios. Seguidamente, las violentas disputas entre los azeríes y armenios se exacerbaban, lo que dio pie a una guerra entre el 1988 y 1994. En 1994, inmediatamente después de que se firmara el alto el fuego, ambas partes consensuaron la división territorial de la región, bajo la tutela de la nueva Federación Rusa. En un principio, las bases del acuerdo favorecieron a los armenios, puesto que fueron ellos quienes dominaron el frente.

UNA PAZ CON FECHA DE CADUCIDAD

Esta primera confrontación tuvo un cierre en falso con el proceso de negociación de Minsk emprendido en 1994. Las cuestiones más importantes que se debían resolver por medio de vías diplomáticas y las oportunidades que ofrecía cada una de ellas no resultaban nada sencillas ⁽²⁾:

1. El estatus de Alto Karabaj: ¿se integraría en Armenia? ¿Se crearía un nuevo estado? ¿Se le proporcionaría cierta autonomía dentro de Azerbaiyán? Y si se hiciese así, ¿qué nivel tendría esa autonomía? ¿Se anexionaría a Azerbaiyán?

2. Las garantías para cumplir la contención militar y el acuerdo: ¿la desmilitarización? ¿El envío de las tropas de las potencias imperialistas extranjeras? ¿De qué potencias?

3. El retiro de las tropas armenias: ¿cuáles serían los plazos? ¿Ocurriría en todo el Alto Karabaj o solo en una parte? ¿Quién controlaría las entradas al territorio?

4. La vuelta de los ciudadanos desplazados: ¿cuándo? ¿Serían obligatorias las indemnizaciones? ¿Tendría cada país su propio programa de ayudas internas para estos ciudadanos? ¿Ofrecerían ayuda los agentes internacionales?

5. Relaciones bilaterales después de la confrontación militar: ¿quién se haría responsable de la reconstrucción de la infraestructura que conecta ambos países? ¿Cuándo levantaría Azerbaiyán el bloqueo contra Armenia?

La respuesta a estas cuestiones, al contrario de lo que dicen los expertos en relaciones internacionales y los pacificadores profesionales, no yace en la voluntad subjetiva de los actores para conseguir la «paz» (como si la paz fuera en sí un objetivo), sino en la correlación de fuerzas objetivas de las potencias imperialistas y sus aliados locales. En el Alto Karabaj y en el mundo han cambiado las condiciones de la carrera imperialista desde el 1994 hasta hoy: algunas potencias se han fortalecido mientras que otras se han debilitado, algunos factores que han entrado en juego han acarreado cambios cualitativos, las alianzas se han ido amoldando según la coyuntura... Al fin y al cabo, las relaciones de poder entre las potencias burguesas están ligadas a unas leyes dinámicas; al contrario, las bases y los acuerdos de los denominados «procesos de paz» son estáticos, ya que corresponden a condiciones y momentos concretos de los conflictos. Por ello, es de entender por qué en los acuerdos se dan vulneraciones constantes por parte de los sujetos implicados en la competencia geopolítica. En general, son dos las razones que llevan a las partes de los conflictos armados a firmar acuerdos permanentes de paz o altos el fuego, sucesivamente: la victoria total de una fuerza sobre la otra o el debilitamiento equilibrado de ambas fuerzas. La primera se traduce en el proceso para gestionar la rendición de los vencidos; la segunda, en una pausa que realizan ambas partes para salir del *impasse* estratégico y acumular fuerzas en una mayor escala que se da como consecuencia de prolongar el equilibrio del frente. Cuando una parte se siente más fuerte que la otra y se detectan posibilidades objetivas para la victoria, será cuestión de tiempo que el acuerdo se rompa y suene el estruendo de los

tambores de guerra. Esa es la razón del fracaso de los «procesos de paz». Los débiles se aferran a las condiciones de los acuerdos de paz en las Naciones Unidas, mientras que los fuertes se atienen a sus propias fuerzas.

El Proceso de Minsk duró entre 1994 y 2004, con el objetivo de negociar de golpe las soluciones de las cinco cuestiones previamente mencionadas. En aquel camino en el que se pretendía negociar en *pack*, primero, se dejó de lado el formato diplomático trilateral, centralizando el Estado de Armenia y la República de Artsaj en una única delegación. Entre otras cosas, se analizaron las posibilidades de proporcionarle garantías de seguridad al Alto Karabaj y las diversas opciones de intercambiar territorios, los cuales se cumplirían a cambio de devolver el territorio a Azerbaiyán. No obstante, este contacto se agotó y el grupo de Minsk fue poco a poco perdiendo su prestigio político.

Como consecuencia del fracaso del programa *pack*, el Proceso de Praga (2004-2006) emprendió una «solución por pasos». Los diálogos fueron retomados en la capital de la República Checa. Se deseaba consensuar el estatus del Alto Karabaj tras firmar la «paz». Aun así, tanto en Armenia como en Azerbaiyán, los representantes políticos fueron sometidos a una gran presión, ya que diversos sectores sociales como la oposición política local exigían objetivos maximalistas que no podían ser impuestos por vía diplomática ⁽³⁾.

El último intento de negociación fue el Proceso de Madrid (2007-2018). En él, se intentó retomar la posibilidad de la solución *pack*, haciendo cierta especificación programática a la hoja de ruta inicial ⁽⁴⁾. La negociación llegó a un callejón sin salida y Azerbaiyán empezó a engrasar su maquinaria de guerra.

El fracaso de todos los intentos diplomáticos acentuaban lo siguiente: ni Azerbaiyán ni Armenia han conseguido ser, de momento, tan fuertes como para hacerse con el Alto Karabaj en su conjunto. Aunque Azerbaiyán es superior

a Armenia demográfica, económica, militar y diplomáticamente, no ha conseguido intervenir directamente en el territorio. Los armenios, por su parte, no han mostrado ser capaces de estabilizar su poder en la región, unir Artsaj con el Estado de Armenia y conseguir aceptación internacional. De ahí viene la existencia de la República de Artsaj y su especial estatus. La correlación de fuerzas militar, como vemos más adelante, refleja la misma tendencia: los armenios mantienen la fortaleza que les ofrece el paisaje montañoso, pero carecen de la capacidad ofensiva. Su estrategia se limita a la defensa, o como mucho, al desgaste de la capacidad de ataque de los azeríes ⁽⁵⁾.

En abril del 2016, Azerbaiyán lanzó una ofensiva contra varios lugares estratégicos en una guerra que tomó el nombre de La Guerra de los Cuatro Días. Aunque Rusia fue capaz de detener la ofensiva por un tiempo, no parecía que la situación fuese a quedarse así. Por una parte, los azeríes siguieron fortaleciendo sus posiciones militares y diplomáticas, y por otra, tras las protestas de 2018, la facción burguesa que ostentaba el poder político en Ereván (Armenia) fue expulsada del gobierno. El nuevo ejecutivo de Nikol Pashinyan, entre otras cosas, ha actuado con más firmeza en las cuestiones del Alto Karabaj ⁽⁶⁾. Azerbaiyán tampoco ha quedado exenta de conflictos internos; en efecto, la crisis económica y la corrupción han posicionado a una gran parte de la opinión pública en contra del gobierno de Ilham Aliyev. Así, en verano del 2020 tomaron lugar duras manifestaciones a favor de la recuperación del Alto Karabaj, exigiendo una declaración de guerra contra Armenia. Como consecuencia, a las clases dominantes azeríes se les ha abierto una oportunidad perfecta para encubrir las contradicciones internas bajo la bandera nacional, hacer suyas ciertas tierras estratégicas armenias y retomar las negociaciones desde una posición de fuerza más favorable ⁽⁷⁾.

El fracaso de todos los intentos diplomáticos acentuaban lo siguiente: ni Azerbaiyán ni Armenia han conseguido ser, de momento, tan fuertes como para hacerse con el Alto Karabaj en su conjunto



**Como consecuencia,
a las clases
dominantes azeríes
se les ha abierto una
oportunidad perfecta
para encubrir las
contradicciones
internas bajo la
bandera nacional,
hacer suyas ciertas
tierras estratégicas
armenias y retomar las
negociaciones desde
una posición de fuerza
más favorable**

LA GUERRA DEL 2020

A finales de septiembre de 2020, estalló la confrontación armada entre los armenios y azeríes ⁽⁸⁾. Esta disputa fue más grave de que las escaramuzas frecuentes de los últimos años; acarrió una ofensiva más amplia del ejército de Azerbaiyán. Los azeríes emplearon acorazados e infantería ligera en la lucha de corta distancia, con la ayuda de helicópteros y dispositivos dron. En distancias largas, por su parte, hicieron uso de misiles teledirigidos de alta precisión y drones de largo alcance. Azerbaiyán se impuso desde el principio en el frente de más de 200 kilómetros, dominando fortalezas armenias y la orografía escabrosa del sur de Alto Karabaj. Mientras en las filas armenias se extendía el caos, los azeríes atacaron contra infraestructuras estratégicas y tomaron posesión de las rutas de avituallamiento en diversos puntos, avanzando así en el frente.

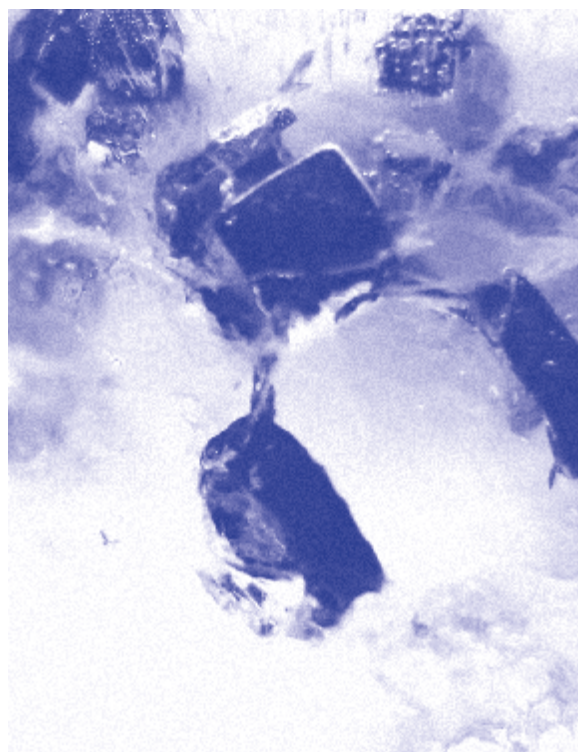
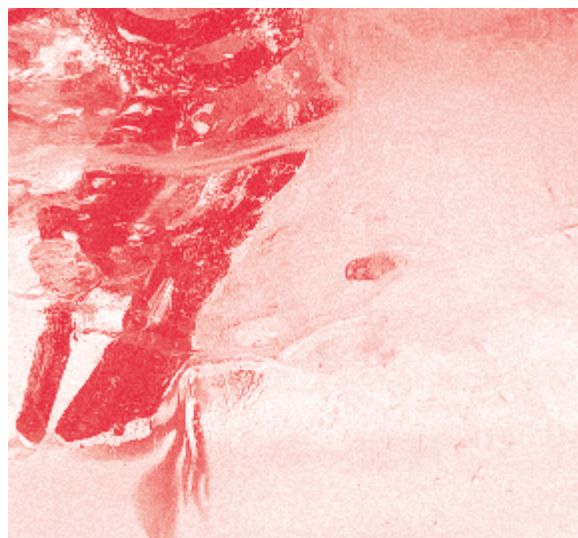
En el momento del estallido de la lucha eran aún desconocidas las intenciones de Azerbaiyán: ¿quería tomar el Alto Karabaj en su conjunto, o se conformaba con un mero avance territorial parcial? No estaba claro. Los representantes de Armenia, Azerbaiyán y Rusia firmaron el acuerdo tras 44 días de contencioso, declarando que tres distritos del Alto Karabaj pasarían a manos de Azerbaiyán en un plazo determinado ⁽⁹⁾. Bakú hizo una campaña tan rápida como exitosa. Por una parte, ha evitado la guerra de desgaste que podría suponer el intento de ocupar todo el territorio de Artsaj, y por otra parte, ha obtenido conquistas territoriales permanentes, con ayuda sólida tanto militar como diplomática.

CONFLICTOS LOCALES, TENSIONES GLOBALES

El conflicto interburgués geopolítico de Artsaj es consecuencia de las complejas dinámicas latentes a nivel local, en la zona y también a nivel global. Para esbozar un mínimo marco de comprensión respecto a este tema, el análisis de los intereses de los actores con distin-

tos niveles de implicación en el Alto Karabaj puede ser un buen punto de partida, considerando sus conductas, posiciones e interdependencias. Hasta ahora, hemos tratado de caracterizar el antagonismo entre Armenia y Azerbaiyán. Si levantamos la vista del territorio local, veremos que Rusia, Turquía e Irán se encuentran en la zona. En una dimensión mayor, podremos observar el bloque imperialista occidental y China, situándose cara a cara.

En cuanto a Rusia, en los últimos años se ha observado que ha cambiado ligeramente su posición respecto al conflicto de Alto Karabaj. Ya no apoya a los armenios de manera incondicional, y no le conviene molestar demasiado a Azerbaiyán. ¿Por qué? Primero, porque Azerbaiyán también se ha convertido en un cliente importante de su industria militar. Segundo, porque el hipotético apoyo de los azeríes a los islamistas rusos podría traerle a Moscú graves problemas de seguridad interna. Tercero, porque también entraría en juego la clásica importancia del mercado energético de Azerbaiyán. Aun así, asegurar la contención de Azerbaiyán sigue siendo un tema de suma importancia en la política exterior de Rusia. Armenia cumple la función de «colchón» para Rusia, por decirlo de alguna manera. Como Azerbaiyán es aliado de Turquía, las hipotéticas conquistas de territorios armenios podrían suponer una expansión de su influencia en las fronteras Rusas, lo cual fortalecería las posiciones geopolíticas generales de la OTAN. Así, Armenia y Rusia han firmado un Tratado de Seguridad Colectiva y mantienen una estrecha relación comercial dentro de la Unión Económica Euroasiática. Eso sí, a partir del 2018 la aproximación de Armenia hacia la Unión Europea no ha agradado a Rusia, tanto que el Kremlin puede ejercer presión sobre Ereván ⁽¹⁰⁾ retirándole su apoyo diplomático en los asuntos relacionados al Alto Karabaj, pues Armenia se encuentra bastante sola. Sin embargo, no debemos obviar que el último armisticio obtenido con la mediación



Asegurar la contención de Azerbaiyán sigue siendo un tema de suma importancia en la política exterior de Rusia. Armenia cumple la función de «colchón» para Rusia, por decirlo de alguna manera. Como Azerbaiyán es aliado de Turquía, las hipotéticas conquistas de territorios armenios podrían suponer una expansión de su influencia en las fronteras Rusas, lo cual fortalecería las posiciones geopolíticas generales de la OTAN



de Rusia conlleva unas implicaciones interesantes para el Kremlin ⁽¹¹⁾:

1) Colocar sus tropas en territorios controlados por Azerbaiyán, por primera vez desde la disolución de la URSS.

2) Reafirmar la posición de la potencia más importante de la zona, siendo el único agente de exterior en el proceso de paz.

3) Evitar que el ejército turco se asiente en sus tierras.

4) Afianzar su alianza con Armenia.

Vayamos a hablar ahora de Turquía. Es bien conocida su postura hacia Azerbaiyán: «una nación, dos países», según el presidente turco Tayyip Erdoğan. Además, Turquía empleó su *Internacional Islamista*, enviando mercenarios de Siria y Libia a luchar en el Alto Karabaj ⁽¹²⁾. De todas maneras, la ayuda proporcionada desde Ankara (Turquía) a Bakú ha sido absoluta y evidente; mediática, política, diplomática y también militarmente. Una vez firmaron el acuerdo de paz, quisieron enviar unos «inspectores de la paz» al Alto Karabaj; Rusia le cerró sus puertas desde el principio. Como salta a la vista, Turquía se aferra a la voluntad expansionista también en el Cáucaso con determinación para echarle un pulso a Rusia.

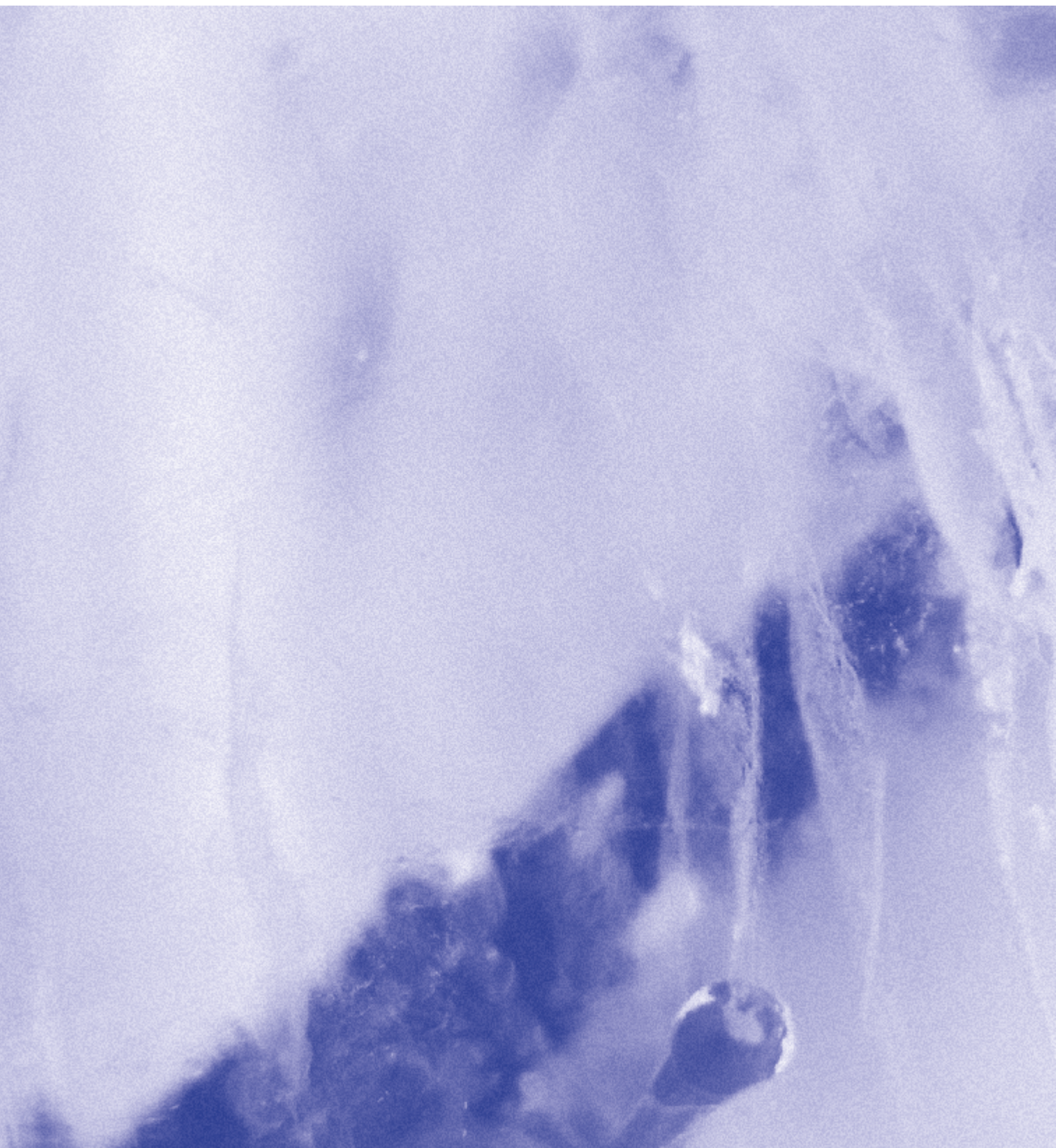
Se puede decir que de momento Irán ha ejercido de observador; no se

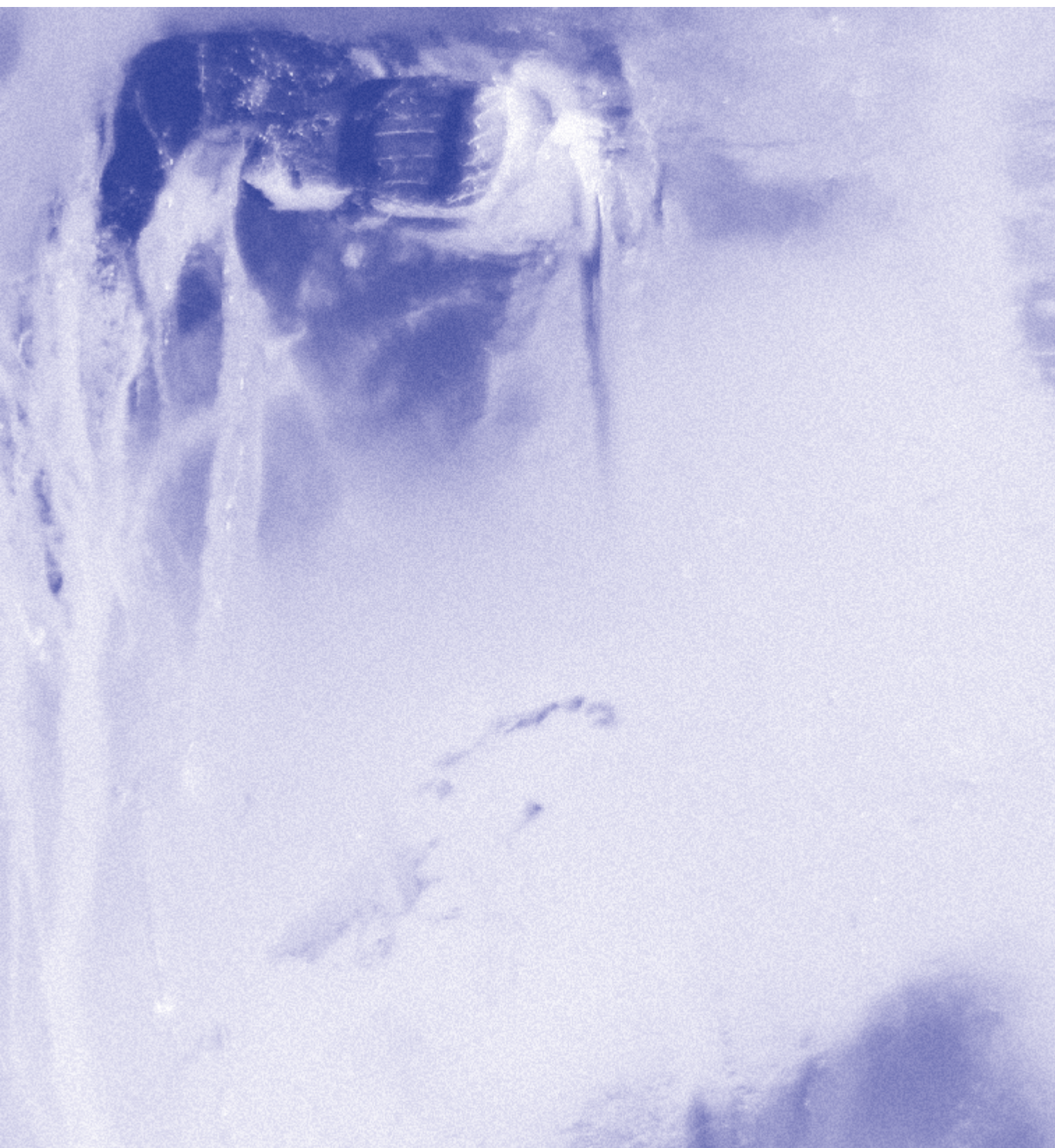
ha podido demostrar ningún indicio de su intervención. Cuando empezaron los conflictos, Irán no se posicionó explícitamente ni con una parte ni con la otra. Más que nada se preocupaba del peligro que podía suponer para su seguridad nacional una guerra cercana a sus fronteras. Por eso, hizo un llamamiento a las dos partes para alcanzar un compromiso político. Por otra parte, la ciudadanía de Irán es azerí en un 16 % ⁽¹³⁾; la mayor parte de la ciudadanía de Azerbaiyán, por su parte, es musulmán chiita, al igual que la de Irán. Debido a esto, Irán pasea con pies de plomo para no pisar ninguna mina en la política de Azerbaiyán. En estos días aún desconocemos hasta dónde puede llegar la capacidad de influencia de la República Islámica en el Alto Karabaj. Más allá de la disuasión de los peligros, a Irán le interesa un equilibrio de poder en el Cáucaso para mantener su corredor logístico con Rusia e India. Este proyecto denominado INSTC supondría una interesante alternativa al canal de Suez ⁽¹⁴⁾. Si Rusia eligiera entre Armenia y Azerbaiyán, el corredor perdería su conexión con Irán. Además, que cualquiera de las dos se apartase de Rusia y se acercase a la órbita de la OTAN se traduciría en una amenaza militar directa para los intereses de Irán ⁽¹⁵⁾. Por si esto fuera poco, también hay otro factor externo que puede con-

dicionar la conducta del país persa: la complicidad entre Israel y Azerbaiyán.

En este sentido, puede resultar útil dar una pequeña aclaración sobre la posición del ente sionista para esclarecer ideas sobre el mapa geopolítico. Israel, como el bazar gigantesco de destrucción masiva que es, se ha convertido en la potencia que más material bélico le vende a Azerbaiyán. Se calcula que entre 2006 y 2009 los sionistas vendieron a los azeríes una suma de armamento valorado en 825 millones de dólares ⁽¹⁶⁾. Aparte del mero beneficio económico, ¿cuál puede ser el objetivo de Israel? Es posible que desee crearle estragos a Irán, su mayor enemigo, a cambio de los daños que le causa Irán con la resistencia de Palestina o la protección de Hezbolá en Líbano.

Hablando de las mayores potencias mundiales, cabe mencionar la ausencia de los EEUU. El Cáucaso no es, en este momento, una zona prioritaria para el Tío Sam, y precisamente a Nagorno Karabaj nunca le ha prestado demasiada atención. Una intervención en el territorio supondría demasiadas adversidades para pocos beneficios. Aparte de esto, no tendría mucho sentido que después de que el Pentágono se haya rendido en un punto estratégico como Afganistán y haya huido, desplace sus tropas, con poca garantía de éxito, a una zona peligrosa. Aun así, esto no





significa que Washington no juegue sus cartas en el Cáucaso. En estas zonas de carácter secundario o terciario, el bloque imperialista mantiene su influencia de manera implícita, con la ayuda de unos aliados locales. En este sentido, Turquía, Azerbaiyán y Georgia cumplen con la función de detener a Rusia, con el incentivo de ganancias territoriales, comerciales y militares.

Asimismo, el ruido de cañones del Cáucaso no ha dejado indiferente a China. El Ministerio de Asuntos Exteriores de la República Popular se pronunció firmemente en contra de la guerra, exigiendo a ambas partes «paz y estabilidad». El gigante asiático está realizando inversiones cada vez mayores en el Cáucaso, dentro del proyecto comercial expansionista conocido mundialmente como *Belt and Road Initiative* (BRI). Así, ha desarrollado relaciones estrechas tanto con Azerbaiyán como con Armenia, pero sobre todo con Azerbaiyán. En una escala eurasiática más amplia, le interesa el equilibrio entre Turquía, Irán y Rusia. En realidad, no le interesa que una sola potencia acumule demasiada fuerza; busca cierta variedad de oportunidades para tratados comerciales que tomen una gran escala territorial. A China, para firmar tratados, le es imprescindible evitar posibles disputas entre las potencias eurasiáticas y mostrar la figura del «inversor no partidista» ⁽¹⁷⁾. Además, prefiere no hacer declaraciones explícitas sobre la política interior de otros países. La burguesía china trabaja el control sobre otros territorios por vías financieras y empresariales. Ha llegado a diseñar planes para hacerse con las tierras de estados soberanos y sus recursos naturales, empleando deudas como mecanismos de presión ⁽¹⁸⁾.

BELLUM 4.0

Hasta ahora, Armenia estaba preparada para prevenir la mayoría de los ataques aéreos, gracias a los sistemas de defensa comprados a Rusia. Pero esta cúpula ha quedado obsoleta a día de hoy, cuando a los aviones comunes y a

los caza se les han sumado los drones de guerra, transformando la doctrina militar. Los antiguos sistemas carecen de la capacidad para detectar la amplia gama de firmas radar de estos artefactos. Por ende, Azerbaiyán ha sido capaz de romper el paraguas anti-aéreo armenio ⁽¹⁹⁾. Sin embargo, tuvo que diseñar una operación compleja, ya que la defensa aérea se esconde en la retaguardia del frente. Para enfrentarse a este reto, antes de nada, el ejército de Azerbaiyán envió como señuelo unos aviones soviéticos antiguos, que dejan huella notable en los radares; estos llamaron la atención de los radares armenios, les obligó a lanzar misiles contra ellos, y así, Azerbaiyán pudo ocultar su drones. Gracias a esta técnica, los azeríes lograron triangular las posiciones de la defensa aérea armenia, lanzar ataques mediante drones y neutralizarlas.

Los aviones no-tripulados han dejado de ser parte del monopolio de las superpotencias; entre los estados burgueses se está dando una «democratización de los drones». Como vimos en el Alto Karabaj en 2020, también los países pequeños como Azerbaiyán se han hecho con drones, abriendo las puertas para realizar operaciones sofisticadas que antes solo estaban a disposición de unos pocos. De todas maneras, hay que reconocer que para que Azerbaiyán pudiera hacer un uso efectivo de estas nuevas armas, ha sido necesario mantener relaciones comerciales y militares directas con potencias imperialistas de primer orden.

Está todavía por ver cómo evolucionará el uso de drones, sobre todo cuando se consigan integrar armas de ataque aire-aire o efectivas armas láser de defensa. Eso sí, es verdad que tendencialmente los caza están quedando en desuso para las potencias con un presupuesto militar bajo. De hecho, la aviación tripulada es muy costosa (exige entrenar a los pilotos, adquirir aviones punteros, proveerlos con munición, realizar los trabajos de mantenimiento...), y viendo el nivel de desarrollo de los sistemas de defensa actuales, si la



A China, para firmar tratados, le es imprescindible evitar posibles disputas entre las potencias eurasiáticas y mostrar la figura del «inversor no partidista»

guerra es entre estados, los ataques aéreos solo resultan ser efectivos empleando una gran cantidad de aviones. De la misma manera, en los siguientes años, podremos ser testigos de la proliferación de los dispositivos dron militares y es probable que su uso en los espacios civiles se expanda aún más.

CONCLUSIONES

Para extraer unas conclusiones generales que puedan servir para analizar procesos geopolíticos, primero de todo, debemos recordar que en las guerras por delegación en las que se superponen las potencias locales y globales, el estado o el agente subordinado es más que una extensión instrumental de la superpotencia en cuestión. Debemos tener en cuenta que la burguesía local, el gobierno que ejecuta sus intereses y los señores de la guerra tienen sus intereses particulares. En última instancia, estos intereses podrán servir de incentivo o freno respecto a la guerra.

En segundo lugar, hemos podido identificar que las disparidades entre las superpotencias también tienen su repercusión a nivel local. La reconfiguración del orden global se deja entrever en cada conflicto concreto, ya que no hay ningún antagonismo que pueda escapar de los cambios de parámetros generales.

Y, en tercer lugar, hemos visto que el desarrollo de las fuerzas productivas también es un factor determinante en el ámbito bélico. Las innovaciones tecnológicas pueden cambiar radicalmente la doctrina militar, y las facciones que no se modernizan son aplastadas de una forma continua, tanto en el mercado como en el frente (si es que existe alguna diferencia entre ambos). /

Los aviones no-tripulados han dejado de ser parte del monopolio de las superpotencias; entre los estados burgueses se está dando una «democratización de los drones»

REFERENCIAS

- (1) Alejandro López Canorea, *La frontera imposible (I): Artsaj*, Descifrando la Guerra, 2020.
- (2) Jorge González Márquez, *El fracaso de la diplomacia en Nagorno Karabakh (I): el proceso histórico*, Descifrando la Guerra, 2020.
- (3) Jeffrey Mankoff, *Why Armenia and Azerbaijan Are on the Brink of War*, Foreign Affairs, 2020.
- (4) Jorge González Márquez, *El fracaso de la diplomacia en Nagorno Karabakh (I): el proceso histórico*, Descifrando la Guerra, 2020.
- (5) José Ignacio Castro Torres, *Nagorno Karabaj: un nudo gordiano en mitad del Cáucaso*, Instituto Español de Estudios Estratégicos, 2020, Pág. 18.
- (6) Jorge González Márquez, *El fracaso de la diplomacia en Nagorno Karabakh (I): el proceso histórico*, Descifrando la Guerra, 2020.
- (7) Michael Safi, *Qué está pasando ahora en Nagorno-Karabaj y otras claves para entender el conflicto entre Armenia y Azerbaiyán*, elDiario.es, 2020.
- (8) Jorge González Márquez, *Escaramuza en el Cáucaso: ¿se abre un nuevo frente?*, Descifrando la Guerra, 2020.
- (9) Jorge González Márquez & Alejandro López Canorea, *Acuerdo de alto el fuego en Nagorno Karabakh – Preguntas y Respuestas*, Descifrando la guerra, 2020.
- (10) Sara Setién, *Conflicto de Nagorno Karabaj 2020: ¿Nos encontramos ante la solución definitiva?*, Instituto Español de Estudios Estratégicos, 2020, Pág. 14.
- (11) Jorge González Márquez, *El ejército ruso regresa a Nagorno Karabakh*, Descifrando la Guerra, 2021.
- (12) Fehim Tasketin, *Syrian fighters add snarls to tangled south Caucasus*, Al-Monitor, 2020.
- (13) cia.gov/the-world-factbook/countries/iran
- (14) HispanTV, *Irán, Rusia y La India idean una ruta alternativa al canal de Suez*, 2018.
- (15) José Ignacio Castro Torres, *Nagorno Karabaj: un nudo gordiano en mitad del Cáucaso*, Instituto Español de Estudios Estratégicos, 2020, Pág. 12.
- (16) Sara Setién, *Conflicto de Nagorno Karabaj 2020: ¿Nos encontramos ante la solución definitiva?*, Instituto Español de Estudios Estratégicos, 2020, Pág. 17.
- (17) Barthélémy Courmont, *Le Haut-Karabakh, un enjeu pour Pékin*, Iris, 2020.
- (18) Irene Savio, *¿Puede China acabar comprándose un país? Así opera la peligrosa deuda de Pekín*, El Confidencial, 2021.
- (19) Cosas Militares, *Lecciones de la Guerra del Nagorno-Karabaj, Análisis*, 2020.

COLABORACIÓN

YEMEN: ECOS DE UNA GUERRA NO CONTADA



Texto **Jose Castillo**
Imagen **Madalen Pinuaga**

S*eguramente la región de Oriente Medio sea la que más minutos televisivos abarca en las secciones de internacional de los informativos y páginas de los medios de masas. Sin embargo, desde el 2014 se libra en Yemen una guerra silenciosa en la que intervienen las dos grandes potencias regionales, Irán y Arabia Saudí, respaldadas por sus potencias globales patrocinadoras. Este conflicto ha sido el causante de la mayor hambruna a nivel global de las últimas décadas y de una crisis de refugiados y desplazados comparable a la de la guerra de Siria.*

Desde que Estados Unidos liderase la intervención militar en Kuwait para expulsar a las tropas de Saddam Hussein de Irak, el 17 de enero de 1991, se dio comienzo a una nueva época de la guerra moderna, la era de las guerras televisadas. Efectivamente, desde que la CNN cubriese en riguroso directo todas operaciones militares estadounidenses en Kuwait, hemos asistido con imagen y sonido en directo a las intervenciones de la OTAN en la antigua Yugoslavia, a las guerras fallidas estadounidenses de Irak y Afganistán, al derrocamiento y asesinato de Gadafi en Libia, a la devastación de Siria y recientemente la toma de Kabul por los talibanes.

Sin embargo, aún hay conflictos que no ocupan espacio alguno en lo que se denomina la *agenda-setting* de los grandes medios. Uno de los casos más flagrantes de los últimos años ha sido el de la guerra de Yemen iniciada en el 2014. A pesar de ello, el título que da pie a este reportaje no es casual, ya que debe trazarse una distinción entre ser noticia y ser contado. Yemen, efectivamente, fue noticia de los grandes medios de comunicación, sobre todo allá por el 2017, a tres años del inicio de la guerra, cuando la crisis humana era demasiado evidente como para no ser noticia.

Empero, esto no trajo que los medios contasen lo que sucedía en Yemen, si entendemos como contar a aquel relato que trata de dar ciertas claves para entender los orígenes y qué está en juego en el conflicto bélico de Yemen. La guerra yemení sorprendentemente fue fugazmente noticia en los grandes medios justamente para nombrar que no se le había prestado atención alguna. Los mismos medios responsables de decidir qué es noticia y qué no lo es, ahora noticiaban la no incorporación a sus informativos de una guerra que para el 2020, según datos de la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de la ONU (OCAH), ya ha dejado más de 230.000 víctimas directas e indirectas.

La guerra yemení sorprendentemente fue fugazmente noticia en los grandes medios justamente para nombrar que no se le había prestado atención alguna



La guerra de Yemen es un buen ejemplo para entender cómo la necesidad del gasto militar, la carrera armamentística, el conflicto armado y la destrucción son inherentes al proceso de acumulación y crisis del sistema capitalista

En el proceso de acumulación la existencia y pervivencia de las guerras es indispensable

LAS GUERRAS, INHERENTES AL CAPITALISMO

El objetivo principal de este artículo, precisamente, radica en intentar dar unas claves para entender lo que realmente subyace al conflicto yemení y un marco general para poder interpretar las guerras en el marco del capitalismo mundializado del siglo XXI. La guerra de Yemen es un buen ejemplo para entender cómo la necesidad del gasto militar, la carrera armamentística, el conflicto armado y la destrucción son inherentes al proceso de acumulación y crisis del sistema capitalista.

Visto desde una óptica marxista, los gastos militares son improductivos, ya que no dan lugar a una inversión que se valorizará en el sector productivo. Es más, la mayoría de los gastos militares son llevados a cabo o financiados generosamente por el Estado, ya que este último es el comprador de armamento por excelencia. Por tanto, buena parte de la producción armamentística es inducida por el Estado y no está dirigida a un mercado abierto. De la misma manera, es curioso que los gastos militares sean los que menos recortes perciben en épocas de crisis capitalista, comparados con otros gastos públicos como la enseñanza o la sanidad.

Aunque no sea tan evidente a primera vista, la destrucción de recursos realizada por las guerras y el militarismo, desempeñan contradictoriamente varios papeles positivos esenciales para la acumulación del capital: la de destruir la masa de valores sobreproducida, «sanear» la economía, permitirle una reestructuración del ciclo de acumulación y restablecer las condiciones de la rentabilidad. Esta función de destrucción de valores que se da en las crisis, el militarismo la realiza permanentemente. Ya que, como otros gastos públicos esenciales al capitalismo, la guerra permite activar capacidades de producción y mano de obra infrautilizadas. Constituye así una fuerza de arrastre del modo de producción capitalista.

Es más, gracias a la industria militar fuertemente financiada por el gasto público del Estado, se desarrollan nuevas técnicas de investigación industrial que la empresa privada no asumiría por sus elevados costes. Los sectores y empresas privadas de la siderurgia, electrónica, microordenadores o la aeronáutica son ampliamente beneficiados por la investigación militar. Dicho de otra manera, en el proceso de acumulación la existencia y pervivencia de las guerras es indispensable^[1].



El control e influencia sobre el estrecho de Bab el-Mandeb es el mayor activo geoestratégico del que dispone Yemen

Además del elemento puramente «económico», las guerras cumplen un papel político fundamental en la legitimación de los Estados burgueses. La guerra es un mecanismo esencial para la estabilidad interna de las estructuras políticas del Estado, y no solamente la guerra como conflicto directo, sino la posible amenaza de guerra o el tener un «enemigo externo» contra el que defenderse. La posibilidad de una guerra crea el sentimiento de unidad y coacción mediante los que se pueden inducir ciertas tendencias políticas en una población, a la que se le pide un sacrificio en pro del «bien de la nación».

Como primeras pinceladas para ejemplificar lo hasta aquí expuesto y para entrar en nuestro caso de estudio, recordemos que Arabia Saudí es un régimen monárquico cuasi absoluto en el que la dinastía Saúd gobierna el país sin ninguno de los contrapesos típicos de las democracias liberales. Bien, Arabia Saudí, como potencia regional involucrada en la guerra de Yemen, ha encontrado su *casus belli* particular en atacar a un pequeño país en el que más que intereses directamente económicos, busca legitimarse internamente y enviar un mensaje de dureza a su rival regional, Irán.

Por el lado de la reproducción económica, no puede olvidarse que Arabia Saudí compra la mayoría de su armamento a los países occidentales. Sirva de ejemplo la disputa ocurrida en los astilleros de Cádiz, los cuales son uno de los proveedores de embarcaciones de guerra para el ejército saudí y los trabajadores se ven dependientes directamente de la construcción de estos navíos para conservar su empleo, sin poder cuestionarse o protestar por su posterior uso.

LA POSICIÓN GEOESTRATÉGICA DE YEMEN

Hablar de Yemen es hacerlo de un país árabe situado al sur de la península Arábiga entre Asia y África y cuya orientación hacia el mar Rojo y el golfo de Adén, le permite controlar el estratégico estrecho de Bab el-Mandeb, vital para los suministros de hidrocarburos hacia Estados Unidos y los países europeos, por donde circulan entre tres y cuatro millones de barriles de petróleo al día.

Quizás no sea tan sonado como el estrecho de Ormuz, por el que circulan la mayoría de los barcos petroleros procedentes de los países del Golfo. Sin embargo, la importancia del estrecho de Bab el-Mandeb no reviste tan solo en los barcos petrolíferos que pasan por sus aguas, ya que gran parte de los barcos cargueros con diversas mercancías de consumo pasan a diario por aquí para dirigirse hacia el Canal de Suez. Por donde, de media, 55 barcos cruzan al día cargados de contenedores vitales para que el comercio y suministro mundial se mantenga en funcionamiento. Cuatro países tienen la capacidad de bloquear el estrecho de Bab el-Mandeb: Somalia, Eritrea, Yibuti y Yemen.

Por tanto, el control e influencia sobre el estrecho de Bab el-Mandeb es el mayor activo geoestratégico del que dispone Yemen, ya que se trata de un país con unos pequeños pozos petrolíferos y con poca capacidad de refinería. Pero su posición geográfica lo convierte en pieza clave de la región, tal y como explicaba en un artículo escrito en 2015, al inicio de la guerra, el analista estadounidense de seguridad nacional y asesor militar de la OTAN, Anthony Cordesman:

«Es fundamental señalar que se trata de mucho más que energía: es el costo y la seguridad de cada carga que pasa por el canal de Suez, la seguridad de los barcos de combate estadounidenses y aliados que se mueven a través del canal, la estabilidad económica de Egipto y la seguridad del puerto clave de Arabia Saudita en Jeddah [...] Cualquier presencia aérea o marítima hostil en Yemen podría amenazar todo el tráfico a través del Canal de Suez, así como el flujo diario de petróleo y productos derivados del petróleo»^[2].

Para los intereses geoestratégicos de Arabia Saudí es vital mantener bajo cierto control político a Yemen. Ya que, pese a que no tiene interés por las pequeñas reservas petrolíferas yemeníes, sí que los tiene en su posición geográfica. Dado que en el supuesto de que Irán bloquease de manera efectiva el estrecho de Ormuz, Arabia Saudí solamente tendría un oleoducto útil que esquivase Ormuz, el East-West Petroline, que desemboca en el mar Rojo, y que dependería ya totalmente del control sobre el estrecho de Bab el-Mandeb.

De hecho, hoy día conocemos gracias a los papeles y audios revelados por Wikileaks, que Arabia Saudí estaba negociando con el Gobierno yemení anterior al levantamiento de 2014 la construcción de dos oleoductos que terminarían en la ciudad portuaria yemení de Mukalla. Mediante estos oleoductos Arabia Saudí pretendía reducir su dependencia del gas transportado por el estrecho de Ormuz, y minar así a su enemigo iraní.

El proyecto del oleoducto fracasó en parte por el levantamiento hutí de Yemen, y porque el país vecino, Omán, firmó un acuerdo de gasoducto con Irán, lo que echó al traste parte de los planes saudíes. Pero lo que se quiere remarcar es la importancia de estos gasoductos, ya que es una constante en las últimas guerras del mundo árabe, como en Siria o Libia, que antes de comenzar la guerra, esta siempre haya venido marcada por las tensas negociaciones de construcción de varios oleoductos^[3].

Es una constante en las últimas guerras del mundo árabe, como en Siria o Libia, que antes de comenzar la guerra, esta siempre haya venido marcada por las tensas negociaciones de construcción de varios oleoductos

ORÍGENES DE LA GUERRA

Yemen tiene hoy día una población superior a los 26 millones de habitantes y hasta el inicio del conflicto tenía una de las mayores tasas de crecimiento demográficas del planeta. Es un país de mayoría musulmana, donde la mayoría de la población creyente es de orientación sunita (en torno al 60 %) y la restante es chiita (40 %). Entre estos últimos destaca la rama de los hutíes, que son la mayoría que integran la actual insurgencia contra el Gobierno yemení apoyado por Arabia Saudí y los países de la OTAN.

Además, Yemen es un país extremadamente montañoso que carece de reservas acuíferas, lo que, unido a la guerra, provoca que actualmente su población tenga serios problemas de acceso al agua potable. Su economía se centra en la exportación de las pequeñas reservas de petróleo de las que dispone y de la agricultura. Así mismo, depende extremadamente de los créditos y ayudas al desarrollo que puedan venir de los distintos organismos internacionales.



Pero hasta 1990, Yemen estaba constituido en realidad por dos países: la República Popular Democrática de Yemen del Sur independiente del dominio británico desde 1967 y que había adoptado un régimen socialista alineado con el de la Unión Soviética, y la República Árabe de Yemen del Norte independiente desde el final de la I. Guerra Mundial y que, bajo la forma de imanato chií, había sido gobernada por los zaidíes (rama religiosa de la que proceden los actuales insurgentes hutíes) desde hacía más de 1000 años, hasta el derrocamiento de este régimen clerical en 1962.

El colapso de la Unión Soviética y la vuelta de los combatientes yemeníes de Afganistán a partir de 1988, profundamente antisocialistas y entrenados en la guerra, creó las condiciones propicias para la unificación de los dos países en un solo Estado. Objetivo que se logró en 1990 quedando el nuevo Yemen unificado bajo la autoridad del hasta entonces presidente de Yemen del Norte, Ali Abdalah Saleh y con Saná como capital del nuevo estado, en lo que en realidad no fue sino la absorción de la parte del sur del país por el norte.

Este hecho provocó que la población de tendencia más secular-socialista junto con la población suní del antiguo sur percibiese la unificación del país como una ocupación. Así mismo, los chiís del norte se mostraron hostiles ante la nueva mayoría de población suní, creando una tendencia independentista que provocó su primer levantamiento serio en 1994, pero que fue sofocado violentamente por el Gobierno de Saleh. De estas tendencias surge el movimiento hutí, un partido político que defiende a la minoría religiosa zaidí de confesión chií, frente a la mayoría de confesión suní en la que Saleh tuvo que terminar apoyándose para recibir el apoyo de Arabia Saudí, la gran potencia suní de la región.

Saleh gobernó Yemen siendo líder indiscutible del partido de gobierno bajo el que intentó unificar a la población yemení mediante las rentas del petróleo y con las ayudas que recibía de los países aliados como Arabia Saudí. Cuando los precios del petróleo comenzaron a caer coincidiendo con la crisis del 2008, esta forma de gobernar empezó a resquebrajarse y las protestas estallaron en el año 2011, al calor de las conocidas «primaveras árabes».

Las protestas y la pérdida de apoyo del presidente Saleh por parte de los que fueron sus principales aliados, hicieron que este tuviera que dimitir en favor de Abdu Rabbu Mansour Hadi, el hasta entonces vicepresidente del país. Los hutíes, que consiguieron una amplia popularidad tras ser la cabeza visible de las protestas contra el Gobierno de Saleh,

se habían hecho con el control de amplias zonas del noroeste del país. La insurgencia hutí, por su inspiración chií, es apoyada por el gobierno iraní; sin embargo, no se puede asegurar que esta ayuda vaya más allá del apoyo indirecto vía armamento y cierta financiación o ayuda diplomática.

Los hutíes no aceptaron el traspaso de poder al nuevo presidente Hadi, y tras el fracaso de las negociaciones internacionales para la transición, en el 2014 pasaron a la acción y se hicieron con la capital Saná. Entonces, el presidente Hadi tuvo que huir a Arabia Saudí desde donde la petromonarquía suní lanzó una ofensiva contra los insurgentes hutíes, respaldada por la mayoría de las demás monarquías del Golfo, Turquía, Egipto y las potencias occidentales de la OTAN, con Estados Unidos a la cabeza.

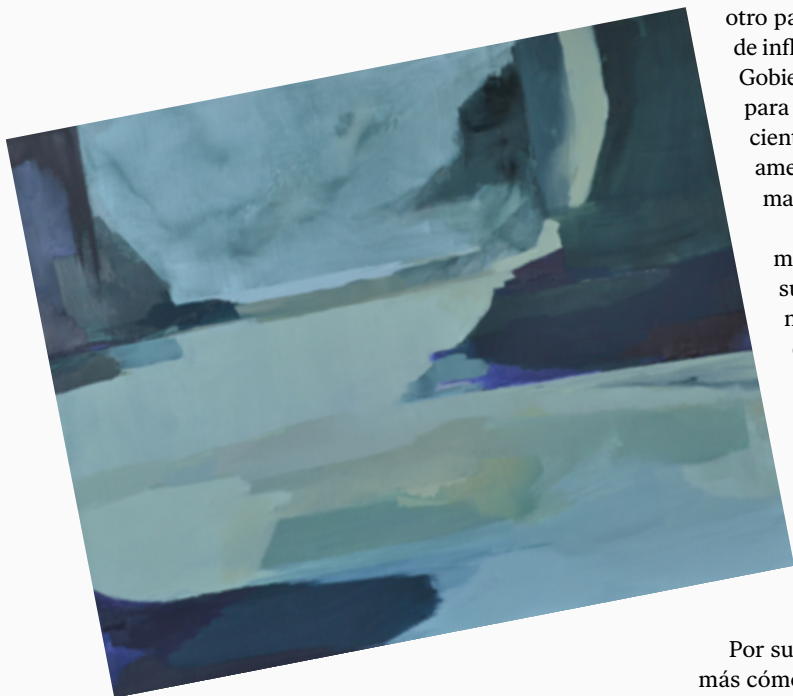
En medio de esta situación caótica y aprovechando el vacío de poder, también proliferó la actividad de los grupos terroristas suníes de Al-Qaeda en la Península Arábiga y el Estado Islámico de Irak y el Levante (ISIS). La filial local de Al-Qaeda llegó incluso a controlar territorios al sur del país y en la zona costera.

La implicación militar de Arabia Saudí buscaba mandar un claro mensaje a la República Islámica de Irán de que el reino saudí no permitiría la extensión a nuevos países del intervencionismo que venían practicando los iraníes en Siria, Irak, o Líbano. Para ello, los saudíes optaron por intervenir mayoritariamente por vía aérea, mediante bombardeos a las posiciones hutíes, lo que termina muchas veces en bombardeos indiscriminados hacia la población civil yemení.

Pese a que Arabia Saudí cuenta con uno de los ejércitos más numerosos y caros del mundo, siendo el tercer comprador de armas a nivel mundial, la realidad es que Arabia Saudí no está consiguiendo derrotar a la insurgencia hutí. En una guerra tremendamente desigual, los insurgentes hutíes están planteando una guerra de guerrillas basada en el conocimiento del terreno y esperando el desgaste de la fuerza saudí. La verdad es que las posiciones no se han alterado mucho desde 2017, y los hutíes consiguen mantenerse en sus tierras del oeste del país, resistiendo en la capital de Saná. Pero la guerra de desgaste tiene consecuencias directas en la población, que sufre ya más de cinco años en situación de hambruna severa y falta de agua potable. A todo ello, se le une los constantes bombardeos de la coalición liderada por Riad^[4].

LA PUGNA REGIONAL Y GLOBAL

No debe entenderse el conflicto yemení como una mera guerra *proxy* donde dos potencias mayores miden sus fuerzas, ya que los actores internos no son simples satélites de Irán o Arabia Saudí. Y no todas las petromonarquías defienden los mismos intereses en Yemen. Por ejemplo, Emiratos Árabes Unidos ha potenciado la independencia *de facto* de varias regiones del sur, entre las que se encuentra la ciudad portuaria de Adén, formando así el llamado Consejo de Transición del Sur.



La de Yemen más bien sería una guerra multinivel, donde se juntan intereses locales y globales. En un primer nivel, tendríamos el conflicto puramente civil que enfrenta a distintas tribus, ramas religiosas y sociales en una guerra civil. Por otra parte, existe la pugna por la hegemonía regional de Oriente Medio, en la que Arabia Saudí interviene directamente e Irán lo hace indirectamente. Por último, las grandes potencias globales se juegan en Yemen una pieza importante del acceso a suministros energéticos clave para hacerse con la hegemonía mundial, tras lo que parece un lento declive del liderazgo estadounidense.

Arabia Saudí, como líder regional del mundo musulmán suní, siempre ha guiado su política exterior por el principio de no permitir a ningún otro país de su área fronteriza obtener un papel de influencia sustancial. En el caso de Yemen, el Gobierno saudí ha empleado todos sus recursos para asegurar que el país se mantenga lo suficientemente débil como para no suponer una amenaza, pero lo suficientemente fuerte para mantener su estabilidad interna.

Arabia Saudí no movió ficha decisivamente en el tablero yemení hasta que la insurgencia hutí se hizo con la capital y zonas costeras limítrofes al estrecho de Bab el-Mandeb. La monarquía saudí no solo temía perder un punto de paso estratégico frente a su enemigo, sino también que su propia minoría chií estuviese tentada a llevar a cabo un levantamiento similar al que habían perpetrado en Yemen. De este modo, la operación militar tenía como objetivo frenar el avance de los aliados iraníes y la extensión a nuevos países del levantamiento chií.

Por su parte Irán se encuentra en una posición más cómoda que su rival saudí, ya que tiene poco o nada que perder en este conflicto. Oficialmente Irán niega estar ofreciendo ayuda a los hutíes, pero realmente estos reciben financiación y armamento iraní, aunque en muchos casos no lo hace de una manera directa, sino que llega a sus manos por

Pese a que Arabia Saudí cuenta con uno de los ejércitos más numerosos y caros del mundo, la realidad es que Arabia Saudí no está consiguiendo derrotar a la insurgencia hutí

parte de la guerrilla libanesa de Hezbolá. La que ya cuenta con la capacidad militar de actuar en toda la región y no tiene necesidad de ocultar sus lazos con otros grupos chiíes.

Irán busca una aplicación a la *vietnamita* con Arabia Saudí. Es decir, sin involucrarse ellos directamente en el conflicto y sin sufrir baja militar alguna, que Arabia Saudí se enrolle en una larga guerra de desgaste de la que pueda salir derrotado. Esto sería un duro varapalo para la imagen exterior e interior de la petromonarquía más grande de la península Arábiga^[5].

Estados Unidos ha apoyado a Arabia Saudí desde el principio en su guerra contra la insurgencia yemení. En la época de la administración Obama este apoyo era más limitado, pero en los años de Trump en la Casa Blanca, Washington aumentó la cantidad de drones y aviones cedidos Arabia Saudí para bombardear posiciones hutíes en Yemen. Sin embargo, el mayor interés directo que Estados Unidos defiende es su postura como principal vendedor de armas al ejército saudí.

Recordemos que Arabia Saudí es el tercer país que más armas compra en el mercado internacional. Por lo tanto, es un fiel cliente para la inmensa industria armamentística estadounidense. Tras Estados Unidos, y con bastante diferencia, los principales proveedores de armas de la monarquía saudí son los países europeos: Reino Unido, Francia y España. El SIPRI (Instituto Internacional de Estudios para la Paz de Estocolmo), que es responsable del más famoso estudio sobre venta de armas a nivel internacional, completa un índice en el que señala en millones el volumen de transferencia de recursos militares en base a los costes de producción por unidad.

Hay que tener en cuenta la UE apenas ha tomado parte en el conflicto, exceptuando las acciones unilaterales de países concretos. Sin embargo, el conflicto yemení sí que ha abierto un debate político en Occidente sobre restringir la venta de armas. De hecho, el Parlamento Europeo votó en dos ocasiones a favor de imponer un embargo a Arabia Saudí. No obstante, ello se trata simplemente de un gesto simbólico, pues tal resolución no es vinculante. Además, suspender el comercio de armas afectaría a los intereses económicos de los países suministradores.

El conflicto de Yemen es, entre otras, una consecuencia directa de la nueva rearticulación del poder a nivel mundial

CONCLUSIONES

El conflicto de Yemen es, entre otras, una consecuencia directa de la nueva rearticulación del poder a nivel mundial. Una vez terminado con las dinámicas de la Guerra Fría, el panorama internacional se presenta ahora como una compleja articulación de varios actores, un orden mundial de carácter multipolar donde varios estados compiten y ejercen su influencia en distintos niveles, impidiendo así la hegemonía de uno solo de ellos. Por ello, hoy Estados Unidos comparte su supremacía tradicional con nuevas potencias mundiales como China y Rusia, mientras que actores regionales como Arabia Saudí o Irán van ganando cada vez más peso en el escenario internacional.

Dicho de otro modo, el conflicto yemení es señal de la decadencia del periodo imperialista estadounidense. De hecho, desde la Guerra del Golfo de 1991, Estados Unidos no ha conseguido ninguna victoria militar clara. Es más, pese a que en ciertos países consigue victorias militares, como en Irak o Afganistán, a la larga se demuestra lo difícil que le resulta mantener el orden de postguerra.

La *pax americana* ha terminado, las guerras y conflictos internacionales están de vuelta. En el caso de Yemen la barbarie capitalista con palabras mayúsculas se está llevando a cabo de puertas adentro. Sin que la opinión pública, inducida por los principales medios, alce la voz por este conflicto y la pobreza masiva que asola al proletariado y campesinado yemení. Hoy, el conflicto se encuentra en un impasse, pero 3,2 millones de personas sufren desnutrición aguda en Yemen. Para algunos Yemen no es más que parte del tablero geopolítico, una pieza más. Para otros es la más brutal de las miserias y barbaries. /

NOTAS Y REFERENCIAS

[1] Para profundizar más en la visión marxista de la guerra propongo la lectura del resumen que realiza el economista marxista canadiense Louis Gill (2002) en su libro *Fundamentos y límites del capitalismo*, págs. 610-629. Se puede consultar también la lectura que hace Rosa Luxemburgo sobre el militarismo en el último capítulo de su obra de 1913, *La acumulación del capital*. Así mismo, se puede consultar también la idea «destrucción creativa» expuesta por el autor liberal Joseph Schumpeter, expuesta en su libro publicado en 1942, en plena II. Guerra Mundial, *Capitalismo, socialismo y democracia*. Finalmente, para hacerse una idea de la magnitud del gasto militar y el papel que juega en las crisis, recomiendo el trabajo de investigación de Frank Slijper (2013), *Armas, deuda y corrupción: el gasto militar y la crisis de la UE*.

[2] Recomiendo la lectura del artículo completo de Cordesman para entender la importancia geoestratégica de Yemen para Estados Unidos, y su aliado saudí. El texto fue publicado por el Center for Strategic and International Studies (CSIS) bajo el título en inglés de *America, Saudi Arabia, and the Strategic Importance of Yemen*.

[3] Para saber más sobre el proyecto de los oleoductos, se puede leer el artículo del periodista Félix Flores (2016) para el think tank CIDOB: *Yihadismo y petróleo: el nuevo caos saudí en Yemen*.

[4] Para entender más en profundidad la estrategia militar de Arabia Saudí en Yemen, recomiendo la lectura del informe anual del IEEF (centro de estudios estratégicos dependiente del Ministerio de Defensa del Estado español), Panorama anual de los conflictos 2017, en su séptimo capítulo titulado *Claves para entender el conflicto de Yemen*.

[5] Para profundizar en la rivalidad Irán-Arabia Saudí: González del Miño, P. (2018). La competitividad geoestratégica Irán-Arabia Saudí en Oriente Medio. Rivalidad entre potencias regionales. *Política Y Sociedad*, 55(3), 733-753.



Ucrania y Novorossia cinco años después: el derramamiento de sangre entre las tres burguesías

Por lo menos cuatro milicianos de la República Popular de Donetsk murieron el pasado 23 de julio en el ataque perpetrado por la armada de Ucrania en los alrededores de Petrovskoe. Como este, existe una gran cantidad de ejemplos que llegan a través de los medios y que son muestra de que la tensión bélica generada por este conflicto no ha disminuido en los últimos cinco años (desde finales de agosto se han intensificado los ataques contra las dos repúblicas populares: el bombardeo de Yasinovataya, el ataque a Zolot, el largo bombardeo a Gorlovka, el ataque al pequeño pueblo de Staromikhaylovka...). El pasado 26 de marzo, por ejemplo, en ese mismo día, la Unión Europea (UE) registró el 493 incumplimiento del alto el fuego vigente. El ejemplo más claro es la concentración de tropas que Rusia ha destinado a la frontera con Ucrania desde finales de marzo: más de 4000 militares, artillería pesada y campamentos logísticos. Según personas expertas, es la movilización más numerosa llevada a cabo desde 2015 en las fronteras de Ucrania. Estos no son sucesos aislados, ya que desde el alto el fuego de Minsk, el Gobierno de Ucrania ha bombardeado y atacado los territorios «rebeldes» de oriente sin cesar. Por ello, aunque según los noticiarios de Occidente la guerra finalizó en 2015, en realidad las heridas del pueblo de Donbáss siguen abiertas y, en consecuencia, la tensión no ha hecho más que incrementarse desde entonces. En esta época de desinformación y posverdad es conveniente, como con el resto de conflictos que genera la sociedad capitalista, intentar aportar luz al origen de esta dura y prolongada guerra.

Para ello, primero tenemos que conocer lo sucedido, para luego poder analizar, aunque sea escuetamente, el papel de las fuerzas sociales que están en juego en el lugar: las burguesías de la propia Ucrania y del exterior. Huelga decir que asistimos al ocultamiento de información o gran falta de ella, lo que oscurece el problema. De todos modos, aún sin conocer los escabrosos detalles, se percibe la sombra del Capital en estos atroces sucesos.

SUCESOS

El origen de esta sucesión de hechos que han ocurrido hasta llegar a la actual situación reside en la región de Crimea que acaba de cumplir su séptimo aniversario. Fue Jrushchov⁽¹⁾ quien integró a Ucrania aquella tierra que pertenecía a Rusia desde el siglo XVIII. En el proceso de disolución de la URSS⁽²⁾ los nuevos estratos políticos mandatarios tuvieron que llevar a cabo profundas reformas: la liberalización de los precios, privatizaciones masivas, declaraciones de independencia, el Tratado de Belavezha⁽³⁾... En estos cambios conflictivos se incrementó la confrontación entre diferentes sectores sociopolíticos. Surgieron desacuerdos entre las diferentes opiniones y posiciones políticas sobre el trayecto de las últimas décadas y el camino a seguir en el futuro en diversas regiones del estado de Ucrania. De todos modos, al igual que suele suceder con conflictos como el presente, frente a este problema de dimensiones muy variadas, la visibilidad ha recaído en la confrontación principal del momento.

Precisamente, al igual que las demás repúblicas que pertenecieron a la URSS, la confrontación entre Rusia y la UE determinó la política nacional. Es más, en gran medida la división social se convirtió también en territorial; en la sociedad oriental se generalizó la opinión a favor de estrechar lazos con los países que habían pertenecido a la URSS. La nueva burguesía nacional representada por el presidente Kuchma⁽⁴⁾ utilizó la separación compleja que se reduce a dos bandos con el objetivo de establecer un balance entre los dos y así mantenerse en el poder. Esta posición ambivalente, que valía tanto para la política interna como para la externa, incidió todavía más en la división de estos dos bandos de Ucrania, contexto en el que entró al siglo XXI.

Este juego de tira y afloja de sectores sociales llegó a su límite frente a la corrupción de la política neutralista que gestionaba el gobierno y su autoritarismo. Finalmente, en 2004, la conocida

como «revolución naranja», orquestada por los eurófilos, echó a Kuchma del gobierno. Esta «revolución» fue mayormente una serie de protestas para demandar un conjunto de reivindicaciones reformistas (detener la inclinación presidencialista, proteger la libertad de prensa...). Sin embargo, esta revuelta se produjo en el marco de las revoluciones de colores; una reacción contraria a lo que fue la URSS para pedir un acercamiento con Occidente. A partir de ese momento, la balanza entre Oriente y Occidente se tornó en una especie de bipartidismo en la política de Ucrania, por ejemplo, entre Yanukóvich, partidario de Rusia, y Timoshenko, afín a la UE. Aunque se hizo lo habido y por haber para llevar a cabo las reformas de manera «pacífica», los problemas del país se fueron amontonando. Como se ha mencionado anteriormente, en el caso de Ucrania, la influencia de muchos conflictos tiene su consecución en esta confrontación entre Oriente y Occidente. Si a eso le sumamos la pretensión de quienes conforman la OTAN⁽⁵⁾ para incrementar su influencia en los países que fueron soviéticos alrededor de la Federación de Rusia, llegaremos a los sucesos de 2013.

Aquel año, el presidente Yanukóvich, siguiendo su postura favorable a Rusia, rechazó formar un pacto con la UE aunque aquel fuese su compromiso electoral. Al poco de tomar aquella decisión, surgió un movimiento político bien organizado y aprovisionado en Kiev y en los alrededores de la parte oeste: Maidán o Euromaidán. Las protestas a favor del tratado de anexión a la UE se convirtieron en un estandarte en Euromaidán. Yankovich, por su parte, siguiendo la tradición política de la burguesía favorable a Rusia, respondió con férreo autoritarismo (leyes antiprotesta). De todos modos, para entonces, el movimiento de Euromaidán, más allá de una manifestación, era una maniobra paramilitar para dismantlar el gobierno: control de varias zonas, ocupación de lugares públicos, detención de diferentes personas funcionarias...

Gracias a este método consiguió la correlación de fuerzas para convocar nuevos comicios en la Rada⁽⁶⁾. En esta situación de violencia, la plataforma que unió a fuerzas parlamentarias simpatizantes de la UE ganó las elecciones, siendo candidato Petró Poroshenko.

En este punto se empieza a percibir sobre todo que Euromaidán es más que un movimiento a favor de las libertades civiles que ejemplifican las democracias de Occidente. En el gobierno recién creado formaron parte del cuerpo ministerial varias personas del partido neonazi Svoboda. De todos modos, aunque la influencia que la extrema derecha ejerce sobre Euromaidán se



Frente a este etnocidio liderado desde Occidente, diferentes colectivos atacados se unieron para defenderse: antifascistas, aquellos que guardaban un buen recuerdo de la URSS, aquellos que sentían pertenecer a Rusia... pero también aquellas personas que eran perseguidas por el simple hecho de hablar ruso o quienes no les parecía justo soportar la pobreza por vivir en el este



ha desarrollado especialmente en el entorno extraparlamentario: grupos como Pravy Sektor, además de poseer completa impunidad (por ejemplo, la matanza en La Casa de los Sindicatos de Odessa⁽⁷⁾), también ha tenido gran influencia en la orientación de las políticas del gobierno europeísta. A ello se le debe sumar la influencia de Occidente, ya que el gobierno de Poroshenko recibió desde el principio el apoyo del FMI⁽⁸⁾ y la UE a cambio de aplicar sus medidas. El resultado radical de estas influencias internas y externas ha sido la persecución contra la población de habla rusa, la represión de la oposición del movimiento Maidan, la ilegalización del partido comunista, la exaltación de figuras y relatos fascistas, el posicionamiento a favor de la OTAN... Para todo ello se utilizó una supuesta injerencia rusa como pretexto, pero aunque la hubiese habido –y no más que en décadas anteriores– las medidas tomadas tuvieron más que ver con la hegemonía de un cierto nacionalismo y salvaguardar los intereses occidentales.

Frente a este etnocidio liderado desde Occidente, diferentes colectivos atacados se unieron para defenderse: antifascistas, aquellos que guardaban

REPORTAJE — Ucrania y Novorossia cinco años después:
el derramamiento de sangre entre las tres burguesías



un buen recuerdo de la URSS, aquellos que sentían pertenecer a Rusia... pero también aquellas personas que eran perseguidas por el simple hecho de hablar ruso o quienes no les parecía justo soportar la pobreza por vivir en el este. Así, al igual que se ha hecho en la mayoría de los países del Este, esta cuestión de estratos de clase y múltiples intereses se ha reducido a la mera lucha entre «prorruso» y «proeuropeo». Volviendo al principio, en el caso de Crimea, por ejemplo, la proclamación de la anexión a Rusia tuvo gran repercusión. Tal y como hemos expuesto, el sentimiento de pertenencia a Rusia ha tenido una larga trayectoria histórica en este territorio, de ahí que el Gobierno autónomo y el Gobierno de la ciudad de Sebastopol decidieran, mediante un referéndum de autodeterminación, decidir si dejar Ucrania y consultar la decisión de integrarse en Rusia, con 97% a favor. Rusia defendió inmediatamente esta decisión frente al Gobierno de Kiev.

En otros territorios del este diferentes colectivos se unieron al alzamiento contra Euromaidán para defenderse. En regiones como Járkov, Donetsk o Lugansk, las principales reivindicaciones fueron, más que una aspiración de autodeterminación, la defensa de la tradición soviética y la oposición al fascismo. De una u otra manera, al igual que la postura a favor del oeste y de la unión nacional se mezcló con las fuerzas más reaccionarias, quienes pretendieran hacer frente a aquellas fuerzas retrógradas se encontraron en la posición contraria. Así se declararon, mediante referéndum de autodeterminación favorable, los Repúblicas Populares de Donetsk y Lugansk. Así las cosas, ante la posibilidad de que el aumento del conflicto armado pudiera implicar una guerra de mayor escala, se promulgó un alto el fuego mediante los Acuerdos de Minsk. A principios de 2015 estaba vigente el alto el fuego, pero desde entonces el Gobierno de Kiev ha violado constantemente este acuerdo con bombardeos y otras agresiones durante seis años.

NUEVAS BURGUESÍAS DEL ESTE: EL SAQUEO DEL PUEBLO SOVIÉTICO

La guerra de Ucrania y especialmente la de Donbás no ha sido más que una pieza cruenta en las disputas entre distintas potencias capitalistas. De la noche a la mañana, el gran capital ha conseguido convertirla, de ser un Estado bajo influencia de Rusia, a ser el servidor fiel de la OTAN, utilizando para ello los conflictos históricos internos. Este cambio político radical de Ucrania, al igual que los paradigmas políticos del resto de las antiguas repúblicas soviéticas, debe entenderse en el marco del ciclo iniciado desde los Balcanes al Báltico tras el proceso de descomposición de la URSS.

Desde la caída del telón de acero se le abrió al capital internacional una zona «virgen» y amplia de acumulación de capital que había permanecido cerrada durante más de 70 años. Las potencias occidentales impulsadas por el deseo del capital financiero abrieron estos gigantescos mercados en el este. En el seno del Kremlin⁽⁹⁾, que acababa de perder la Guerra Fría, se había gestado la idea de una apertura gradual mediante la *glásnost* y la *Perestroika*⁽¹⁰⁾. Pero, desde la década de los 70 la burguesía yanqui y europea que intentaba en vano incrementar la tasa de beneficios necesitaba con urgencia un lugar de inversión para que sus ganancias fueran rentables.

Por ello, se quisieron imponer reformas profundas desde la UE y EEUU por encima de la sociedad soviética, y aquello solo podía conseguirse de una manera violenta. Así, cuando Yeltsin⁽¹¹⁾ no consiguió suficiente respaldo para estas reformas, los demócratas occidentales aplaudieron unánimemente que aquel presidente ruso atacase con tanques el parlamento y la manifestación civil en contra de las medidas.

El caso de Ucrania fue más lento que el de Rusia, pero las consecuencias fueron las mismas. En ambos casos se cumplió el consenso de Washington⁽¹²⁾ en cuanto a apertura; en apenas dos años el comercio exterior y los precios se liberalizaron totalmente. Esto dio total libertad a los flujos de capital para entrar en el este pero, en lugar de crecer el sector productivo para crear plusvalía, la mayor parte de la capitalización se concentró en los diferentes mercados de divisas y títulos. Estas burbujas improductivas explotan en 1997 debido a la crisis financiera que acechaba desde el sureste de Asia. Al fin y al cabo, un capital de alto riesgo que busca inversiones a corto plazo acabó encontrando solamente el crecimiento de los precios, como lo hizo con los títulos de deuda pública en Sudamérica diez años antes. En el caso de Rusia, en paralelo a las inversiones de capital, hubo una privatización masiva de la estructura productiva que producía plusvalía.

Los propietarios de rentas nacionales decidieron aceptar propuestas de reforma de Occidente para asegurar sus rentas, alimentando el nacionalismo reaccionario para lograr la estabilidad y apostando por convertir a la UE en un socio comercial prioritario al margen de Yanukóvich. Como es habitual, la burguesía ha promovido el fascismo en busca de estabilidad y ahora no puede mantener el control de la plaga que ha desatado

En los planes quinquenales de la URSS en los que se desarrolló durante largo tiempo la industria pesada se buscaron socios capitalistas de un día para otro. Esto dejó fuera de juego a quien no perteneciese a la burguesía con mayor capacidad de inversión, siendo la mayoría pertenecientes a la antigua clase política. Es más, en la venta de estas «empresas» del Estado las conexiones políticas tuvieron gran importancia debido al gran peso del poder ejecutivo en las nuevas democracias de países antiguamente soviéticos. De esta manera, se empobreció al pequeño propietario que vivía de su renta fija y ahorros a cambio de mantener vivos a los parásitos capitalistas que no eran competitivos. En 1999 la producción era solo del 40%, la misma que en 1991, el año de la independencia. En definitiva, a la par que la joven Federación de Rusia, surgió una especie de burguesía artificial que gracias a la corrupción política consiguió el control de las principales fuentes económicas. El crecimiento global a la entrada del nuevo siglo y el precio creciente de

las materias primas permitieron, junto con el equilibrio político que se alcanzó, una mejora de las condiciones. Sin embargo, cuando en 2009 los consumidores dependientes de sus rentas perdieron su poder adquisitivo, sucedió uno de los peores resultados mundiales con una pérdida de PIB del 15%. Los territorios más castigados fueron los de la industria oriental (sobre todo acero y química), ya que estaban más vinculados al antiguo modelo soviético. La situación se volvió insostenible y el equilibrio político entre la UE y los partidarios de Rusia se diluyó. Los propietarios de rentas nacionales decidieron aceptar propuestas de reforma de Occidente para asegurar sus rentas, alimentando el nacionalismo reaccionario para lograr la estabilidad y apostando por convertir a la UE en un socio comercial prioritario al margen de Yanukóvich. Como es habitual, la burguesía ha promovido el fascismo en busca de estabilidad y ahora no puede mantener el control de la plaga que ha desatado.

Ucrania, por su situación geográfica, se ha encontrado frente a dos grandes mercados desde que se disolvió la Unión Soviética. La industria que no diversificó y el primer sector (un cuarto del producto agrícola soviético se producía en Ucrania) han competido con los bajos sueldos gracias a la numerosa población, al estilo de los países orientales. Esto ha traído consecuencias claras; por un lado, la desaparición de varias ramas de la industria soviética (armamento, aviación, radio-electrónica, automoción...), y por otro el empobrecimiento de la población. A día de hoy, según el instituto sociológico de Kiev, el 14,1% de la población no tiene suficientes ingresos como para asegurarse el alimento y el 38,2% invierte toda su renta en proveerse de alimentos y ropa. En Ucrania la acumulación de ganancias ha estado más ligada a tener contactos en el gobierno que a la tasa de plusvalía. Si a ello le sumamos la explotación de los recursos ricos, nos encontramos con una burguesía nacional completamente supeditada a grandes compradores como Rusia o la UE. El capital transnacional y las grandes potencias han utilizado este servilismo para aprovechar a su favor las divisiones dentro de la clase trabajadora (separaciones étnicas, políticas...). El fruto de todo ello es la guerra que comenzó en 2014.



En el mismo 2013, un año antes del golpe en Euromaidán, Gazprom⁽¹³⁾ incrementó en un 81% el precio del gas que vendió a Ucrania, convirtiéndose en el gas más caro del mercado europeo. La Comisión Europea denunció esta estrategia y Ucrania detuvo el pago del gas hasta que se restableciese el precio anterior. A su vez, Moscú volvió a amenazar con cortar el suministro de gas (3ª vez desde 2006)

En este sentido, cuestiones como la del gas natural han adquirido un gran protagonismo. En guerras como la del golfo Pérsico (Irak-Irán-Kuwait) el petróleo u otros recursos naturales han tenido un gran peso. En el caso que nos ocupa, en cambio, hemos mencionado que las causas de la guerra están más relacionadas con la cuestión de las influencias político-militares, pero, sin embargo, dada la naturaleza extractivista de la burguesía nacional, cuestiones como la del gas muestran la dependencia del país en intereses externos. El suministro de gas natural ha sido el punto álgido de tensión entre la UE y Rusia. Por un lado, Moscú ha subido repetidamente el precio del gas y muchas veces amenaza con cortar este suministro si no se paga. Por otro lado, la UE ha recordado en otras ocasiones al Gobierno ruso que obtiene la mitad de sus ingresos de la venta de este gas. Esta tensión se focaliza en Ucrania, donde la mitad del gas exportado a través de la UE es transportado a través de sus gasoductos.

En el mismo 2013, un año antes del golpe en Euromaidán, Gazprom⁽¹³⁾ incrementó en un 81% el precio del gas que vendió a Ucrania, convirtiéndose en el gas más caro del mercado europeo. La Comisión Europea denunció esta estrategia y Ucrania detuvo el pago del gas hasta que se restableciese el precio anterior. A su vez, Moscú volvió a amenazar con cortar el suministro de gas (3ª vez desde 2006). Si bien resulta complicado establecer conexiones entre estos sucesos y lo que ocurrió en los años siguientes (seguramente porque nos falta información), está claro que la burguesía de este pequeño país vendió a Ucrania a los intereses de los dos grandes bloques geopolíticos, para proteger sus rentas. En cualquier caso, la enorme dependencia de Ucrania a sus compradores le ha llevado a someter a estos su política interna (es decir, la lucha de clases en su territorio) hasta llegar a los términos de la guerra civil.

**EL DERRAMAMIENTO DE
SANGRE DE DONBÁSS,
PARTIDA DE AJEDREZ DE LAS
POTENCIAS CAPITALISTAS**

En el enfrentamiento entre estos compradores, Rusia ha tenido prioridad en las últimas décadas, como ocurre con el resto de las que fueron repúblicas soviéticas (Bielorrusia es un claro ejemplo). En la «gran estrategia»⁽¹⁴⁾ de Moscú, el objetivo que se persigue es convertir a la Federación de Rusia en uno de los centros de poder del nuevo panorama multipolar. Para ello debe adquirir el control de una gran cantidad de recursos que está buscando a través de los movimientos que se están realizando precisamente en Asia Central y el Pacífico.

En este proceso Rusia se encuentra muy lejos del nivel de las mayores potencias (EEUU y China, aunque con este último país mantiene una cooperación sostenida), pero busca hacerse un hueco entre los bloques geopolíticos sin depender de nadie. Sin embargo, en el camino para alcanzar estos objetivos, y debido a la sucesión de la tradición diplomática militar soviética, se ve obligado a controlar los países cercanos. Trata en todo momento de incorporar su influencia en la órbita de los países que rodean sus fronteras, concretamente en las citadas repúblicas soviéticas. Por ello, para la recién nacida oligarquía rusa y el poder ejecutivo estrechamente relacionado con esta, debido a una política interna compleja, su capacidad para influir en Ucrania se trata de un asunto de vida o muerte, para así poder formar un dique frente a potencias más grandes que residen tanto al este, como al oeste. Es decir, en el campo de juego internacional su objetivo es ser «autónomos».



Por ello, para la recién nacida oligarquía rusa y el poder ejecutivo estrechamente relacionado con esta, debido a una política interna compleja, su capacidad para influir en Ucrania se trata de un asunto de vida o muerte, para así poder formar un dique frente a potencias más grandes que residen tanto al este, como al oeste. Es decir, en el campo de juego internacional su objetivo es ser «autónomos»



La ola de las revoluciones de colores que surgió en Europa del Este ha sido la entrada principal de las democracias liberales capitalistas para realizar injerencias en estos países. Estas revueltas han permitido a la UE y EEUU ordenar con total impunidad intervenciones militares (tanto directas como indirectas)

Al otro lado tenemos a la inteligencia militar de los Estados occidentales de siempre y mercenarios de la OTAN, a merced del mayor capital financiero. La ola de las revoluciones de colores⁽¹⁵⁾ que surgió en Europa del Este ha sido la entrada principal de las democracias liberales capitalistas para realizar injerencias en estos países. Estas revueltas han permitido a la UE y EEUU ordenar con total impunidad intervenciones militares (tanto directas como indirectas). El método ha sido tan eficaz que también lo han aplicado en otros lugares; por ejemplo, la Primavera Árabe. Aunque las revoluciones de colores han sido un fenómeno más complejo que un simple movimiento orquestado por la CIA y el MI6⁽¹⁶⁾, las han utilizado para debilitar la joven Rusia recién creada.

Si la burguesía que representa sus intereses a través del Estado de Rusia para ganar importancia internacionalmente quiere llevar a cabo la mencionada estrategia, Occidente quiere sabotear esos objetivos cueste lo que cueste. De hecho, la prioridad para dirigentes de la OTAN es reducir la influencia creciente de enemigos en este momento de declive de la hegemonía occidental. Para ello, como se ha mencionado anteriormente, la influencia sobre el entorno que controlaba la antigua URSS es vital. El resultado de todo esto es claro: la OTAN ha desestabilizado sistemáticamente a estos países de la zona, condenando a su población a las más terribles guerras y hambrunas. A pesar de que en la actualidad los casos de Afganistán o Ucrania pueden ser conocidos, la lista del sufrimiento infligido es muy extensa: Chechenia, Yugoslavia (especialmente dolorosa la Guerra de Kosovo), Georgia (en guerra contra Osetia del Sur y Abjasia), Armenia (este caso se analiza en este número de *Arteka*)...

Sin embargo, el bloque occidental no está tan unificado como se concibe habitualmente. No al menos igual que cuando la UE era un mero títere de EEUU. Zelenski, actual presidente de Ucrania y político que ocupó este cargo tras el golpe de estado naranja y Euromaidán, en los últimos meses ha estado yendo detrás de estas potencias occidentales suplicando ayuda. De hecho, en el año 2015 la comunidad internacional (los lacayos de siempre de la OTAN) mostró su apoyo total a quienes dieron el golpe en Ucrania, pero tras cinco años los intereses son más divergentes. La potencia norteamericana quiere volver a liderar el bloque de los clásicos capitalismos liberales, más ahora bajo las órdenes de Biden; y ha trasladado a Zelenski «protección incondicional», además de decir que el presidente ruso es un «asesino».

Precisamente, los pactos de Minsk son una muestra clara de este panorama. No le concedieron a Kiev la victoria absoluta que perseguía, no acabaron con la guerra y no liberaron el conflicto de intereses entre grandes potencias. Como consecuencia la violación del acuerdo se ha generalizado sistemáticamente, sobre todo por parte del Gobierno de Kiev, esperando que esto implique más a Occidente

CONCLUSIONES: NI PARA ATRÁS, NI PARA ADELANTE

Precisamente, el cúmulo de intereses que hemos explicado ha generado que esta situación de guerra de baja intensidad se extienda durante años. La única preocupación de la clase trabajadora de Donbáss es sobrevivir a los incesantes ataques, por lo menos mientras continúen los conflictos en Ucrania. Al Gobierno de Kiev no le cabe duda de que la única solución para acabar con la situación de bloqueo es la fuerza: ganar militarmente a los territorios rebeldes e invadir Crimea. Para ello, igual que hace cinco años, su única oportunidad reside en la implicación de sus amiguetes de Occidente. Zelenski, como no ve vuelta atrás, acaba de realizar una petición para incluir a Ucrania en la OTAN, además de juntarse con Alemania y EEUU. Sin duda no tiene ningún problema en crear un nuevo Kosovo, si con ello asegura las rentas a sus socios. A ello se le ha de sumar otro problema, ya que la unidad de fuerzas creada hace cinco años con el único fin de echar del gobierno a Yanukóvich no puede perdurar. Estos grupos reaccionarios fueron muy valiosos del 2013 al 2015, pero luego se convirtieron en una carga. Intentaron utilizarla en el frente militar, pero no fueron nada eficaces: robos, asesinatos, tortura... sin ningún sentido militar. Desde entonces han estado en contra del gobierno y su fuerza política se ha convertido en gran medida en crimen organizado, degenerándose aún más por la situación de guerra⁽¹⁸⁾.

La UE, sin embargo, tiene mayores dificultades para mantener su posición de hace cinco años. En cuanto a la masacre de la población de Donbáss, por supuesto, no tienen ningún problema, como en otros lugares del mundo, en aplastar tanto a los civiles de estas repúblicas como a las milicias creadas para su protección. En el caso de Rusia, es más evidente un choque de intereses desde la época de la escisión de Crimea. A pesar de la complejidad de la situación, recientemente se han finalizado las obras de construcción del canal de gas *Nord Stream 2*. Esta obra incrementará la cantidad de gas que se exportaba anteriormente de Rusia a Alemania, aumentando así la dependencia energética de la UE respecto a la potencia oriental⁽¹⁷⁾. EEUU criticó duramente este proyecto, pero la UE y sobre todo Alemania parecen haber primado sus intereses energéticos. En cualquier caso, esta divergencia en la política ucraniana, la política exterior de la administración estadounidense, junto a los grandes giros, ha dejado al Gobierno de Kiev «desprotegido» ante Rusia. Esta indefensión es muy relativa, ya que los mayores excesos los ha cometido el ejército ucraniano contra los civiles y milicianos de Donetsk y Lugansk durante cinco largos años.

De todos modos, las grandes potencias con intereses en juego han querido evitar una confrontación directa, ya que si una de las partes realiza una intervención directa la otra también tendrá que hacerla. Esto plantearía una guerra internacional en el corazón de Europa, del estilo del siglo XX. En su lugar, han preferido la tradicional guerra indirecta, financiando *in situ* distintas facciones a favor de sus intereses. Si la UE y los EEUU han apostado por Euromaidán y sus descendientes, desde demócratas liberales hasta fascistas, la opción rusa ha sido aprovisionar de armas y preparar a la resistencia frente a ello, además que desde sus fronteras tiene un fácil contacto con estas fuerzas orientales. Precisamente, los pactos de Minsk son una muestra clara de este panorama. No le concedieron a Kiev la victoria absoluta que perseguía, no acabaron con la guerra y no liberaron el conflicto de intereses entre grandes potencias. Como consecuencia la violación del acuerdo se ha generalizado sistemáticamente, sobre todo por parte del Gobierno de Kiev, esperando que esto implique más a Occidente. Este problema ha existido desde que se firmaron los acuerdos, es más, estos son «los segundos acuerdos de Minsk», evidentemente porque el primer intento fue fallido.

Puede ser que el incremento de la violencia que se ha visto últimamente encienda otra vez la llama de la guerra en Donbás o puede ser que se siga dando la situación de bloqueo que ha habido hasta ahora y continúen los ataques a civiles por parte de Kiev. De un modo u otro, lo cierto es que la burguesía ucraniana ha vendido el país por cuatro duros a la ambición de las grandes potencias. Esta venta la ha pagado y la seguirá pagando cara la clase oprimida: miles de personas muertas (muchos y muchas civiles entre ellas, sin contar como civiles a las personas voluntarias de las milicias), el agravamiento del empobrecimiento y miles de heridas más que trae consigo la guerra.

¿Y cuál es la reacción de la «izquierda» occidental frente a todo esto? En el estado español, como en otros muchos lugares, la posición contraria a Rusia ha sido prioritaria, antes que la de la denuncia del fascismo que campa a sus anchas en Kiev y los bombardeos en el este. Las mismas personas que en las elecciones se llenan la boca contra el fascismo en oposición a sus rivales le han hecho el juego a la OTAN al defender ante la «malvada» Rusia un gobierno que ha llegado al poder en el corazón de Europa apoyado explícitamente por los nazis. Mientras tanto las milicias de las Repúblicas Populares de Donetsk y Lugansk se enfrentan a un ejército profesional que ha solicitado su ingreso en la OTAN. En una guerra en la que, por falta de recursos, desde el principio les es imposible ganar, no tienen más remedio que plantear la resistencia en la frontera con lo que tienen a su alcance, convirtiendo la muerte y la pobreza en su día a día.

Es digno de mención el trabajo que se ha hecho en Euskal Herria para difundir información sobre este conflicto. El comité de apoyo EH-Donbass ha trabajado incansablemente para transmitir y politizar el relato de lo sucedido y, en la medida de lo posible, enviar ayuda. Quien quiera tiene disponible su página web: euskalherria-donbass.org/

NOTAS

1. Primer secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética entre 1953 y 1964.

2. Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

3. Acuerdo firmado por las repúblicas soviéticas para deshacer la URSS.

4. Presidente de Ucrania entre 1992-1993 y 1994-2005.

4. Organización del Tratado del Atlántico Norte, principal alianza militar entre los países de Occidente.

6. La Rada Suprema o Consejo Supremo es el nombre oficial del parlamento de Ucrania

7. Grupos fascistas asesinaron a más de 30 personas opositoras del movimiento Maidán en la ciudad de Odessa.

8. Fondo Monetario Internacional.

9. Sede del Gobierno de la Unión Soviética.

10. Medidas diseñadas por el político Mikhail Gorbachov para la apertura política y económica de la URSS.

11. Boris Yeltsin, el primer presidente de la nueva Federación de Rusia.

12. Propuesta entre el capital de EEUU y FMI para la disolución de la URSS que se aplicó por primera vez en Polonia.

13. Sociedad anónima del mercado petrolífero y gas ruso. Ministerio de energía de la URSS privatizado, con todos sus activos. Sin embargo, el gobierno tiene un control estricto (es el principal accionista) por lo que se sigue su estrategia en sus decisiones.

14. Concepto utilizado en la teoría militar. Le hace referencia a derivar todas las herramientas y pasos hacia un objetivo central. En la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, los aliados acordaron el objetivo de la gran estrategia de ganar a Alemania.

15. Se les ha llamado *revoluciones de colores* a una serie de protestas que comenzaron en la Europa del Este y se expandió a otros territorios en defensa de los valores liberales: Georgia, Yugoslavia, Kirguistán, Líbano, Túnez.

16. Servicio de Inteligencia Secreto del Reino Unido.

17. No podemos profundizar, pero las políticas de seguridad energética de la UE son más complejas todavía, ya que apostó claramente por superar la dependencia hacia Rusia (sobre todo buscando gas y otras fuentes), pero en este proceso se han dado conflictos de intereses entre diferentes miembros de la unión.

18. Este es un resumen muy simple, pero el desarrollo del fascismo en Ucrania necesitaría una explicación aparte, pues es un fenómeno complejo.

Publicado
EN OCTUBRE DE 2021
EN EUSKAL HERRIA

Coordinación, Redacción y Diseño
GEDAR LANGILE KAZETA

Web
GEDAR.EUS

Redes Sociales
TWITTER **@ARTEKA_GEDAR**
INSTAGRAM **@ARTEKA_GEDAR**
FACEBOOK **@ARTEKAGEDAR**

Contacto
HARREMANAK@GEDAR.EUS

Suscripción
GEDAR.EUS/HARPIDETZA

Edición
ZIRRINTA KOMUNIKAZIO
ELKARTEA (AZPEITIA)

Depósito legal
D-00398-2021

ISSN
2792-453X

Licencia



